GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

LAS MEJORES OBRAS

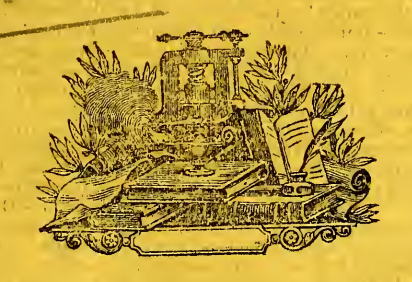
DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Luis Oricero



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, n.° 4.

23

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.° de Enero de 1876.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar er
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo he
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante pr
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—A
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y an
Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio
Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coc
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duques
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acue
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbar
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América lib
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borra
corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cua
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S.
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamien
dia noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casuali
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Cel
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revo
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint Cyr.—Colon y
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde
lian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Cor
y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—
oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela.*—Calderon.—Carta y guarda pe
nicienta.—Cerros de Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo á

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—De
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios l
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvar
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequer
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dine
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casader
doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.—Dote de María.—
tiga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela.*—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—E
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engaña
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los p
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Español
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un ba
Estupidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palaci
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las a
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapu
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisa
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Fincas con
víos.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fo
Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de
boda.—Fé, esperanza y osadía.

LUIS ONCENO.

LUIS ONCENO

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MR. CASIMIRO DELAVIGNE

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

EN DIFERENTES METROS

POR D. PEDRO GOROSTIZA Y CEPEDA.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,

Calle de la Cava-alta, núm. 5.

1879.

PERSONAS

Luis Onceno.
El Delfin.
El Duque de Nemur.
Comines.
Cotie, *médico del rey.*
San Francisco de Paula.
Oliveros.
Tristan, *gran preboste.*
María, *hija de Comines.*
El Conde de Luda.
El Cardenal de Albi.
El Conde de Dreus.
El Duque de Craon.
Marcelo, *aldeano.*
Marta, *su mujer.*
Ricardo } *aldeanos.*
Alberto }
Crawford.

Dos escoceses, un mercader, un heraldo, criados de palacio, clero, ricas hembras, caballeros, pajes, etc.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de campo; en el fondo el castillo de Plésis á un lado, y algunas cabañas esparcidas aquí y allí. Se figura que es de noche.

ESCENA PRIMERA.

TRISTAN, RICARDO y GUARDIAS.

TRIST. ¿Quién eres? (A Ricardo.)
RICARD. Un pastor.
TRIST. ¿Cuál es tu nombre?
RICARD. Ricardo.
TRIST. ¿Dónde tienes tu morada?
RICARD. Salgo de ella. (Mostrando su choza.)
TRIST. Ninguno salir debe
á estas horas; el Rey así lo manda.
RICARD. Iba á llamar á un santo religioso
para un enfermo.
TRIST. Vuelve á tu cabaña.
RICARD. Es mi hijo, señor.
TRIST. Vuélvete al punto.
RICARD. Está espirando el infeliz.
TRIST. Ya basta.
Obedece, si no de aquella encina
colgado te hallará la luz del alba.
RICARD. Dios guarde al Rey.
(Aterrado, y retirándose á su choza.)



ESCENA II.

TRISTAN y GUARDIAS.

UNA VOZ. (Dentro.) ¿Quién vive?
TRIST. Gran Preboste.
LA VOZ. ¡Alerta, centinela! Los de guardia,
ronda.
(Un oficial sale del castillo seguido de algunos soldados.)
OFICIAL. Venid conmigo, ballesteros.
¿El Santo? (Á Tristan.)
TRIST. San Fidel.
OFICIAL. ¿La seña?
TRIST. Francia.
(Entran todos en el castillo.)

ESCENA III.

COMINES tiene en la mano un rollo de pergamino, y va á sentarse al pié de una encina. Empieza á amanecer.

COMIN. La sombra de estos árboles frondosos
asilo me dará; su solitaria,
misteriosa quietud, con mis tareas
se compadece bien. ¡Dichosa calma!
Solo resuena el canto de las aves
que despierta la luz de la mañana,
y el soldado escocés que por el oro
á un Rey ajeno vigilante guarda.
Volvamos á leer, pues nadie escucha.
(Abre el manuscrito.)
«Memorias de Comines.» Si el Monarca
viese este manuscrito, en que doy cuenta
á la posteridad de sus hazañas;
si oyera solo el título, ¡qué pronto
descolorido y trémulo apartara
los ojos, por no ver tan fiel trasunto
de su reinado! Sí, ¡que mezcla extraña

(Mientras lee, el médico Cotie pasa por el foro, mira á Comines, y entra la cabaña de Ricardo.)

de vicios y virtudes! Unas veces
ejemplo de valor, otras de infamia
y cobardía; recibiendo ahora
por su clemencia justas alabanzas,
y cansando despues á los verdugos;
ya humilde, ya altanero, al pueblo halaga,
y á los grandes señores tiraniza:
crédulo para el mal, llena su alma
de sospechas: ¿quién fué más generoso?
¿Quién más cruel? ¡Sus manos cuán avaras!
¡Cuán pródigas! Y todo sin concierto.
Más hoy, ¡qué cuadro, santo Dios! Se cuaja
(Pasa al fin del manuscrito y le recorre.)
mi sangre al describir ese castillo
de Plésis, sepultura abominada
de un Rey vivo. Paréceme que á voces
esta vitela pérfida declara
todos cuantos arcanos la revelo,
y dice cómo por vivir se afana
cautivo entre las barras y cerrojos
con que abruma esas torres y murallas.
Por el terror gastado, y de sí mismo
verdugo, disputándole á la parca
los tristes restos de una larga vida,
juró no partir nunca su pesada
diadema con ninguno, y envidioso
de su hijo no vive, pero manda.
¡Bien retratado está! (Sigue embebido en su lectura.)

ESCENA IV.

COMINES y COTIE saliendo de la cabaña y hablando con Ricardo y otros aldeanos.

COTIE. Con esas flores
componed la benéfica tisana;
su aromático jugo, del herido

en poco tiempo calmará las ánsias.
COMIN. Temblando de su imágen no hallaria
(Sin ver á Cotie.)
digno castigo á tanta semejanza.
COTIE. Al noble dueño de Argenton saludo.
(Tocándole en el hombro.)
COMIN. ¿Sois vos Doctor? Embebecido estaba...
COTIE. ¿Y os vine á interrumpir?
COMIN. Deben temerse
á la muerte de un Rey grandes mudanzas.
COTIE. Y es bien que lo mediten sus ministros.
COMIN. Pero vos, que atajais con mano sabia
de los males del nuestro los estragos,
y cada aurora en su presencia os halla,
¿por qué mostraros hoy más negligente?
COTIE. Que se aguarde.
COMIN. Faltais á la sagrada
obligacion de preferirle á todos.
COTIE. Yo prefiero al que gime por su causa.
COMIN. Sois maldiciente.
COTIE. Vos sois lisonjero.
COMIN. En esto no, mi corazon le ama.
¿Pero de qué procede vuestro enojo?
COTIE. De una insigne maldad. Ayer pasaba
por aquí un pastorcillo; sin pensarlo
volvió los ojos á ese horrible alcázar,
y al punto un ballestero por donaire
le disparó una flecha enherbolada,
que está cercano á perecer; ahora
vengo de visitarle en su cabaña.
COMIN. Que se queje, y el Rey le hará justicia.
COTIE. Que enmudezca, ó Tristan le dará gracias.
COMIN. Acusad á ese mónstruo enhorabuena.
COTIE. Acuso al que le sufre, al que le paga.
COMIN. Pero el Rey teme...
COTIE. Sí, que le asesinen;
y la muerte que tanto le acobarda
en su seno se oculta, y el espanto
que infunde á todos, vuelve á sus entrañas;

él de noche y de dia es su verdugo,
él su justicia inquieta y sanguinaria
emplea contra sí, dejando á todas
sus numerosas víctimas vengadas.
¡Desdichado Nemur!

COMIN. Fué delincuente.

COTIE. Y yo le creo blanco de la saña.
Este tributo pago á su memoria:
mis padres le servian; en su casa
me crié, cual si fuera prenda suya,
él cultivó mi aplicacion temprana;
á Mompeller sus dones me llevaron,
y me abrieron de Hipócrates las aulas.
¡Mas ah! De la pobreza y el olvido
la borla doctoral no me libraba.
Nemur me trajo entonces á la córte,
en donde la fortuna al fin cansada
de hacerme daño, me colmó de bienes.
Nemur de todos fué la primer causa,
el principal autor. Y yo ¡infelice!
No pude moderar la ciega rabia
de un príncipe cruel que le temia,
que su gran patrimonio codiciaba.
Yo ví... ¿pero qué digo? El pueblo entero
de Paris con asombro vió en la plaza
del público mercado, al descendiente
de Clodoveo, al deudo de la rama
que ocupa el trono, dar sin inmutarse
el noble cuello, del sayon al hacha.

COMIN. Pero...

COTIE. Esperad. Al pié del enlutado
horroroso patíbulo se hallaban
los hijuelos del mísero; la sangre
paterna resbalando por las tablas
caía en sus cabezas; ¡y el Rey mismo
lo veía, y la tierra no temblaba!

COMIN. Santiago Darmañac apoderarse
quiso de la persona del monarca,
y matar al Delfin.

COTIE. ¡Vano pretesto!
COMIN. Le sentenció una junta.
COTIE. Extraordinaria.
Y vive Dios, Comines, que me canso
de veros en materia tan provada
disimular conmigo. Si no fuera.....
Mas para disculpar vuestras palabras
recuerdo vuestras obras.
COMIN. ¡Yo...!
COTIE. Vos mismo
me ayudásteis entonces con audacia
generosa á salvar uno á lo menos
de los hijos del Duque; las infaustas
mazmorras de la lóbrega Bastilla
fueron la sepultura anticipada
de los demás.
COMIN. ¡Cotie!
COTIE. Solos estamos;
bien podeis deponer la cortesana
máscara que os deshonra, y atreveros
á llorar de un amigo la desgracia.
COMIN. De una afliccion estéril no hago alarde,
y callo las verdades cuando dañan.
COTIE. Siempre las callareis, si con la vida
perdiendo al fin el miedo á los monarcas
y grandes de la tierra, vuestra sombra
no sale del sepulcro á publicarlas.
COMIN. Bien puede ser. Mas cuando de mi celo
prendas teneis que sin cesar os hablan,
¿qué importa que el estudio de las cortes
á disfrazar el rostro me enseñara?
Amigo antiguo de Nemur, ¿acaso
en su infortunio le volví la espalda?
¿Me contenté, Cotie, despues de muerto,
con llorarle á escondidas? La venganza
del Rey ya satisfecha os parecia,
ya sus hijos seguros se juzgaban;
¿quién os desengañó? ¿Qué voz prudente
con tiempo os reveló su suerte ingrata?

Uno solo creyó mi profecía,
y al punto, arrebatándole de Francia,
le trasladé á Borgoña, al seno mismo
de mi amante familia y de mi patria.
Cárlos, cuyo servicio decoroso
¡ojalá por ninguno yo trocara!
Cárlos, á quien llamaron temerario
los que su heróica intrepidez no abarcan,
al fugitivo agasajó en Perona,
como á un huésped fatal que le llevaba
solo en su nombre un poderoso auxilio
contra un competidor. Si tan contraria
no fué despues al jóven su fortuna,
cuanto más procuré que la enmendara,
tanto más á su padre vitupero.
Vos en palacio discurrís sin trabas,
y nada aventurais en ser valiente;
á mí me cupo suerte menos blanda;
sois médico del Rey, si le hablais tiembla;
yo su ministro, tiemblo si me habla.

COTIE. Y decidme tambien os hizo el miedo
aceptar una parte nada escasa
del botin del difunto; ¡herencia pingüe,
pero con sangre y lágrimas regada!

COMIN. Mi hija, desposándose algun dia
con Nemur, pues entrambos se idolatran,
le volverá un depósito sagrado.
Ella solo su pena consolaba
en el destierro; yo, cuando lo supe,
resolví de su lado separarla,
dejando para tiempos más dichosos
unas bodas que fueran hoy aciagas.

COTIE. ¿Para cuando no exista?

COMIN. ¿Quién? Silencio.
(Cotie señala las torres del castillo.)
Pero ya que sabeis lo que prepara
mi prudencia, decidme, ¿qué os parece
de este himeneo?

COTIE. Digno de alabanza;

obra de un tierno padre, y juntamente
de un político astuto que derrama
con tiempo una semilla productora;
sí, de los Darmañaques la pasada
grandeza puede renacer; de Carlos
supo Nemur subir á la privanza;
tambien de los soldados es querido;
un yerno tal los beneficios paga,
y si vuestra fortuna se nublase
os asegura un puerto en la borrasca.

COMIN. No creí que por vos mis intenciones
fuesen tan duramente interpretadas:
¿por qué no me pintais con esos vivos
matices en palacio?

COTIE. No me hablara
Comines sin rebozo, si no hiciese
de mi fiel amistad más confianza.
No hay duda; á veces mis amigos oyen
de mi boca verdades muy amargas,
mas es hablando á solas.

COMIN. A lo menos
al moribundo Rey no digais tantas.

COTIE. ¿Cuándo, pues, las oyera en el sepulcro?

COMIN. Sed su apoyo.

COTIE. Si no le atormentara,
él fuera mi tormento, mi tirano.
¿Y qué, no lo es? ¿Hay vida más esclava
que la mia? ¿No abusa ese caduco
de su poder, echando á mi garganta
una argolla de bronce? ¡Oh si pudieran
los que envidian mi suerte disfrutarla!
No tengo voluntad; otro es mi dueño,
y dispone de mí segun le agrada;
si estoy en su presencia me importuna,
si me ausento maldice mi tardanza;
yo he de moverme siempre que se mueve,
yo he de pararme siempre que se pára;
hasta de mi salud le pesa, y gimo
doblado bajo más pesada carga

que la de los esclavos con galones
que su litera llevan á la espalda.
Confinado con él en ese triste
recinto, cuando advierte que se apaga
su razon con el dia, cuando suenan
los puentes y rastrillos que no bastan
á serenar su espíritu, sentado
á los piés ha de verme de su cama,
que los remordimientos temblar hacen,
donde no menos su dolencia agravan
los sueños vengadores, que la ardiente
vigilia. Mas si tal es mi desgracia,
si de noche sus ayes me acongojan,
si de dia su negro humor me cansa,
no imagineis que sufro sin vengarme,
no; pues cuando venciendo esa fantasma
impostora el dolor que la destruye
aparenta la vida que le falta,
me burlo sin piedad de unos esfuerzos
inútiles que ya á ninguno engañan:
como él á mí, le hago infeliz, le pago
en terror el fastidio que me causa,
y así vivimos juntos para hacernos
el uno al otro la existencia amarga,
hasta que roto el enfadoso nudo
que nos oprime, esgrima su guadaña
la muerte, se apodere de su vida,
y me vuelva la que otro me usurpaba.

COMIN. Alguien se acerca; amigo, conteneos.

COTIE. ¿Temeis á vuestra hija?

ESCENA V.

DICHOS y MARÍA.

COMIN. ¡Oh prenda amada!
¿Me buscabas á mí?

MARÍA. Sí, padre mio;
salud, doctor; ¿da buenas esperanzas

el Rey?
COTIE. Mucho su espíritu le ayuda;
así para sufrirle me ayudara
el mio.
MARÍA. ¿Presumís que vuestra ciencia
de su mal vencerá la pertinacia?
COTIE. En donde no hay naturaleza, poco
la ciencia de los hombres adelanta.
MARÍA. ¿Qué hace?
COTIE. Cual siempre, no tener sosiego,
y quejarse de cuántos le acompañan;
de vos, de mí, de vuestro padre...
MARÍA. El mismo
permitió que un instante me ausentara.
COMIN. No pudo resistir á tu deseo
de ver al hombre Santo que de Italia
viene á darle la vida; mas al punto
que te fuiste, de tí ya murmuraba.
COTIE. Así los reyes son.
COMIN. Aprisionado
por el temor en esa torre opaca,
tu festiva inocencia le entretiene,
y sus dolores ímprobos amansa.
COTIE. ¿Con que venís de ver á ese Francisco
de Paula, cuyo tránsito y llegada
en cada monasterio, en cada aldea
celebran con repique las campanas?
De su retiro á su pesar sacado,
solo él puede, si Roma no se engaña,
curar al Rey, cuya salud endeble
se desmorona en nuestras manos flacas.
Pues que le cure, y nos desaire á todos;
por maestro mi boca le proclama
si á un alma en pena resucita, y vuelve
á un árbol seco la perdida savia.
MARÍA. ¿Podeis dudarlo? ¿Qué, á vuestros oidos
de sus portentos no llegó la fama?
En Fondi un paralítico tocado
por la mano del Santo, al punto sana;

se echa á sus piés una mujer en Roma,
y al enemigo de su cuerpo lanza;
si él quiere, si por ellos á Dios ruega,
los ciegos ven la luz tan deseada,
los mudos le responden, los tullidos,
los cojos ya curados le acompañan,
y hasta sobre los muertos tiene imperio,
y salen del sepulcro si los llama.

COTIE. Os creo.

MARÍA. Y sin embargo, ¡cuán sencillo
en medio del concurso se mostraba!
Nada de los demás le distinguia,
ni el cetro pastoral con que declaran
las potencias del cónclave su mando,
ni la mitra de joyas empedrada,
ni el ropaje talar en luengos pliegues
ostentando la púrpura cristiana,
y pidiendo socorro al brazo ajeno:
su báculo de oro es una estaca,
su cortesano traje un sayal tosco,
su calzado unas pobres alpargatas;
así viene, así estaba en su retiro.

COTIE. Si es tan humilde, ¿qué dirá en voz baja
de la rica litera y los cojines
de damasco y de pluma que las canas
pasean del obispo turonense?
¿O bien de la andadura reposada
y grave del caballo de regalo
que monta el que apacienta la cabaña
de Viena?

MARÍA. Entrambos iban á los lados
del Santo á pié. Nuestro Delfin guiaba
la comitiva hácia esta fortaleza;
detrás de las aldeas inmediatas,
los párrocos seguian entonando
del católico rito las plegarias.
Los nobles paladines; los señores
de pendon y caldera caminaban,
este la mano puesta sobre un paje,

el otro su montura enjaezada
de las riendas llevando. El blanco velo
de nuestras ricas hembras ondeaba
en medio de los ramos y las flores,
y de los reposteros con las armas
reales. Las banderas con las lises
en el escudo azul se prosternaban
al acercarse el Santo, precedido
de la cruz, que á lo alto levantada
rayos como el sol puro despedia.
Cien rapaces en torno le incensaban,
y el pueblo recibia arrodillado
sus bendiciones. Yo maravillada
los seguí largo trecho con mi dueña;
mas luego al revolver de la montaña,
echando el palafren por una trocha,
he venido á contaros lo que pasa.

COMIN. Corramos, pues, á dar al Rey noticia
de todo.

MARÍA. Padre, oidme una palabra. (A Comines.)

COTIE. Mientras, yo ire á decírselo.

COMIN. Por ese
excesivo favor os damos gracias.

COTIE. El amo se estará ya consumiendo,
y junto al quicio de la puerta falsa,
que para él solo y para mí se abre,
se acordará hace tiempo de que aguarda,
siendo mi Rey.

COMIN. Sabrá de vuestra boca
todo lo que María deseaba
referirle.

COTIE. Lo entiendo; mas si acaso
recompensa benigno mi eficacia
con algnos presentes, las albricias
repartiremos.

COMIN. Yo no pido nada.

COTIE. No, pero lo aceptais. Adios, amigo.
(Dándole la mano.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos COTIE.

MARÍA. No puedo acostumbrarme á sus pesadas
burlas. Todo á su modo lo interpreta.
COMIN. Es preciso aguantarle, pues le aguanta
su majestad. Mas ya solos estamos;
tu secreto descubre sin tardanza.
MARÍA. Le podeis inferir de mi alegría.
COMIN. No adivino qué dicha extraordinaria...
MARÍA. ¡Dicha! Sí, para vos.
COMIN. ¿Para mí solo?
MARÍA. Llegó el embajador que se esperaba
de Borgoña. Su séquito lucido
de la aldea no cabe ya en las casas;
todo lo he visto, acémilas, caballos,
armas, farautes.
COMIN. Y él, ¿cómo se llama?
MARÍA. El conde de Retél; así le nombra
un doncel muy garrido que llevaba
el estandarte de su dueño, en donde
mostrándose vasallo de la Francia,
el dorado leon bajo el emblema
de nuestros reyes con furor se lanza.
COMIN. ¡El conde de Retél! De esa familia
antigua y poderosa no quedaba
heredero ninguno; yo á lo menos
nunca en Perona le encontré, y me pasma
no conocerle.
MARÍA. Deja, segun dicen,
á su señor al pié de las murallas
de Nanci, con designio de rendirlas;
todos los nobles de Borgoña se hallan
en sus reales.
COMIN. Y Nemur sin duda. (Sonriéndose.)
MARÍA. Pronto recibireis alguna carta
que os tranquilice acerca de la suerte
de un proscrito.

2

COMIN. Y nos pruebe su constancia
en querer bien.

MARÍA. Presumo que á mi afecto,
aunque sincera su pasion no iguala.
Cuantas veces la imágen le propuse
en vos de un tierno padre que la falta
del suyo supliria, su respuesta
era tan solo una sonrisa amarga.
Siempre ceñudo, huyendo de la corte,
de sus heróicas luchas, de sus vanas
diversiones venganza repetia;
escondido en los templos, la turbada
vista en la cruz del Salvador clavando,
¿qué prometia sin cesar? Venganza.
Si nombraban á Luis se extremecia,
y profiriendo horribles amenazas
echaba mano á su puñal.

COMIN. ¿Y cómo
tú no le contenias?

MARÍA. Yo lloraba,
y él mis lágrimas tristes enjugando,
con gran ternura me llamaba hermana.

COMIN. Debiera reprimir esos furores,
dejando que la muerte le vengara.
En un reinado nuevo su fortuna
puede trocarse.

MARÍA. Tengo esa esperanza,
y creo que si yo se lo rogase
al Delfin...

COMIN. El Delfin solo se halla
contento al lado tuyo, no lo ignoro,
y que te muestra acaso demasiada
inclinacion.

MARÍA. ¿Qué importa? Si es un niño.

COMIN. Ese niño será dueño de Francia.

MARÍA. ¿Y he de huir de su vista, cuando viene
á preguntarme cómo se llamaban
sus mayores, cubierto de vergüenza,
y con razon llorando su ignorancia?

COMIN. Es la mujer maestra peligrosa,
y de su parte empresa temeraria
enseñar á un discípulo tan noble.
Teme la vanidad, hija adorada:
Inés Sorél, milagro de hermosura,
creyó cuando á su Rey lecciones daba
de valor, conseguir eterna gloria.
¿Cuál fue su suerte? Verse deshonrada,
y humedecer con desabrido llanto
las amorosas cifras que bordaba
para engañarse un brazo poderoso,
cercándola de viles asechanzas,
coronó de su estrella la malicia;
y al fin murió la triste... envenenada.
MARÍA. ¿Envenenada? ¡Oh crímen execrable!
¿Quién fué capaz de atrocidad tamaña!
COMIN. ¿Quién...? Ninguno, ninguno. Demos vuelta
al castillo.
MARÍA. ¿No oís en la cercana
selva el piadoso cántico? Ya salen
de la espesura y la colina bajan.
COMIN. Volvámonos, el Rey te echa de menos,
y sus pesares viéndote se aplacan.

ESCENA VII.

SAN FRANCISCO DE PAULA, EL DELFIN, NEMUR, RICARDO, MARCELO, MARTA, ARBERTO, CLERO, RICAS HEMBRAS, CABALLEROS y PUEBLO.

CORO DE ALDEANOS. Dulce consuelo de afligidos,
De la piedad Madre y Señora,
No cierres, Vírgen, los oidos
Cuando la voz del Rey te implora.
¡Gran dios! Escucha los gemidos
De un pueblo humilde que te adora.
Pues en la fé mostró constancia,
Mirad por Francia.
Pues amparais la flor de lis,

Salvad á Luis.
S. FRAN. Sí, hijo mio, estoy dispuesto
(A Nemur que se ha acercado á él.)
á consolar su tristeza.
Disimule vuestra alteza (Al Delfin.)
que le abandone tan presto;
pues si bien he de cumplir
de Dios con la santa ley,
tan aprisa como al Rey
al pobre debo acudir.
DELFIN. Padre, lo que vos hagais
será siempre justo y santo;
quedaos, yo me adelanto,
y despues cuando vengais,
salir el Rey determina
á encontraros diligente,
y humillar su augusta frente
á la Majestad divina.
Vamos. (A los caballeros.)

ESCENA VIII.

DICHOS menos EL DELFIN y su séquito.

UNA ALDEANA. Sanad á mi Elena.
RICARD. ¿Qué os cuesta resucitar
á mi hijo?
ALDEANA. Con tocar
su ropa, se pondria buena.
ALBERT. Mucha salud.
MARTA. Larga vida.
RICARD. Entrad, padre, en mi cabaña,
que aunque no mueve pestaña
el infeliz, en seguida
saltará del ataud.
S. FRAN. Levantad, hijos, del suelo;
tan solo el Señor del cielo
puede dar vida y salud.

A él solo pedir debeis
que remedie vuestro mal.
Yo soy un flaco mortal
como vosotros; bien veis
que necesito un apoyo
contra el peso de la edad,
contra tanta enfermedad,
que me van llevando al hoyo,
Hasta de andar tengo miedo;
lleno de canas estoy;
contemplando lo que soy,
inferireis lo que puedo.
Puedo, pues que soy humano,
llorar del hombre los males,
y los estragos fatales
de la edad, pues soy anciano.
Puedo del grande enemigo
descubriros las traiciones,
y contra nuestras pasiones
mostraros un buen abrigo.
Puedo por todos pedir,
puedo sufrir con paciencia:
este es mi poder. Mi ciencia,
consolar y bendecir.

RICARD. Si yo fuese algun marqués, (A Marcelo.)
ya el chico sano estaria.

MARCEL. La vida le volveria.

S. FRAN. Dejadme, amigos; despues
iré á rezar con vosotros.

MARCEL. ¿Qué apostamos á que sana (A Ricardo.)
pronto al Rey?

RICARD. ¿Pronto? Mañana.

MARCEL. ¡Y no hacernos á nosotros
un mal milagro! (Los aldeanos se retiran)

ESCENA IX.

SAN FRANCISCO y NEMUR.

S. FRAN. Llegad.
NEMUR. ¿Ninguno escucharnos puede?
S. FRAN. Dios y yo.
NEMUR. Pues os concede
su divina Majestad
cuanto le pedís, por mí
haced oracion.
S. FRAN. La haré.
NEMUR. Y que reposo me dé
si hoy mismo me llama á sí.
S. FRAN. ¡A vos, hijo! ¿Pues qué daños
temeis en esta ocasion?
NEMUR. Rogad por mi salvacion.
S. FRAN. ¡He vivido tantos años!
El sepulcro me reclama
antes que á vos; la hora incierta
está llamando á mi puerta.
NEMUR. Tambien á mi puerta llama.
S. FRAN. ¿De algun combate la suerte,
por ventura, os intimida?
NEMUR. Cada paso en esta vida
es un paso hácia la muerte.
S. FRAN. Los mozos lejos la ven.
NEMUR. ¿En qué edad no nos alcanza?
S. FRAN. En la vuestra hay esperanza.
NEMUR. Y más arrojo tambien;
mas es, pues, de recelar.
S. FRAN. ¿Osareis algun delirio?
NEMUR. Que por medio del martirio
es forzoso ejecutar.
S. FRAN. Un viejo en tanta fatiga
aconsejaros pudiera;
hablad.
NEMUR. No puedo aunque quiera.

S. FRAN. ¿Quién á callar os obliga?
NEMUR. Me obliga el que me envió.
S. FRAN. ¿Quién es ese? ¿Con qué objeto?
NEMUR. No quebrantar el secreto
juramos su sombra y yo.
S. FRAN. ¡Ah! Con designios fatales
venís, y ellos os condenan.
NEMUR. ¡Cumpliré lo que me ordenan
las venganzas celestiales!
¡Cuando la sangre inocente
clama, sangre ha de correr!
S. FRAN. Dejádsela, pues, verter
á Dios, que es omnipotente.
NEMUR. Si el crímen no castigara,
cómplice del crímen fuera;
ni su justicia existiera
si con exceso esperara.
S. FRAN. Para ser inexorable
tiene Dios la eternidad;
ni existiera su bondad
si no esperase al culpable.
NEMUR. Un ministro del Señor
aprueba mi justa empresa.
S. FRAN. Si es justa, la duda cesa.
NEMUR. Padre, esforzad mi valor; (Arrodillándose.)
haced que no me desvíe
de mis piadosos intentos.
S. FRAN. Dios vé nuestros pensamientos;
él te ilumine y te guíe.
NEMUR. Maldecid al asesino
para que me le abandone.
S. FRAN. Que bendiga y que perdone
me manda Jesús divino.
Hijo, maldecir no sé.
NEMUR. Bendecidme, pues, á mí.
S. FRAN. Eso quiero hacer por tí.
Dios te bendiga. ¿Mas qué...
si tu pecho se resiste
contra sus inspiraciones,

te valdrán mis bendiciones
en el momento más triste?
Y si practicas el bien,
tus obras te abonarán;
ellas te bendecirán
mejor que ninguno.

NEMUR. Amén.
Pese Dios en su balanza
las obras que ejecutemos.

S. FRAN. ¿Segunda vez nos veremos?

NEMUR. Cifro en eso mi esperanza.

S. FRAN. ¿Dónde?

NEMUR. Donde no penseis.

S. FRAN. Allí. (Señalando al castillo.)

NEMUR. Delante de Dios. (Señalando al cielo.)

S. FRAN. De mí llegareis en pos.

NEMUR. O á buscarme vos ireis.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon del trono en el castillo de Plésis de las Torres.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA está cerca de una mesa cogiendo flores de un canastillo.

MARÍA. Quisiera con discrecion
formar este ramillete,
para que bien se interprete
de las yerbas la alusion.
El boj ataré primero
á las hojas de la encina,
y esta rosa campesina
entre el tomillo y romero.
Con la flor que sobresale
por su blancura, la yedra
sombría... crece en la piedra
de los sepulcros. Más vale
de tan eminente puesto
echarla al punto, no sea
que un enfermo en ella vea
algun presagio funesto.
Sí; junto al lirio real
pondré planta más festiva,
la dichosa siempreviva,
que de la muerte fatal
burla las temidas leyes.
No creo que hallar pudiera
imágen más placentera.

ESCENA II.

EL DELFIN y MARÍA.

DELFIN. ¡Qué adulados son los reyes!
(A media voz y acercándose sin hacer ruido.)
MARÍA. Vuestra alteza me escuchaba...
(Volviéndose, hace una cortesía como queriendo retirarse.)
DELFIN. Sí, mi querida María.
¿Pero á dónde vais?
MARÍA. Queria...
Hoy se celebra la octava
de la Vírgen del Manzano;
voy á su ermita á llevar
estas flores, y esperar
al Rey, que saldrá temprano
del castillo.
DELFIN. ¿Quién, mi padre?
MARÍA. Tambien á la fiesta viene.
DELFIN. ¡Cuántos pareceres tiene!
Y no hay funcion que le cuadre.
Hoy queria ver correr
la perdiguera danesa
y el lebrel, que de su mesa
el pan vienen á comer.
Mañana querrá probar
el nuevo alazan tostado,
desde Inglaterra enviado,
ó ese halcon tan singular
en precipitarse fiero
sobre su infeliz conquista,
ó bien divertir la vista
con la caza al reverbero
de las hachas, y á docenas
derribar con golpes graves
sin fin de nocturnas aves
que habitan estas almenas.

Pero en vano su enojoso
fastidio engañar procura.
No sé, á mi se me figura
que es tan fácil ser dichoso.
Todo me causa placer:
el bullicio, las canciones,
del sueño las invenciones,
la luz al amanecer,
el ambiente que respiro,
de los campos la alegría,
y vuestros ojos, María,
cuando halagüeños los miro.

MARÍA. Bien se pueden esparcir
diez y siete primaveras,
y adornar con placenteras
guirnaldas el porvenir,
que intimida á los ancianos,
tan exhaustos de esperanzas.
Mas hoy, las flores, las danzas
de los pobres aldeanos,
el fresco, un hermoso dia
que tan puro amaneció,
alegrarán, creo yo,
la devota romería
del Rey. Me voy retardando
mucho.
(Hace ademan de recoger las flores y querer irse.)

DELFIN. Yo os ayudaré.

MARÍA. Sola más aprisa iré.

DELFIN. Deteneos, yo os lo mando.

MARÍA. ¡Yo os lo mando, á su maestra! (Sonriéndose.)

DELFIN. Pues en eso reparais,
yo os ruego que no os vayais.

MARÍA. Un instante seré vuestra.

DELFIN. Estoy triste, dulce amiga.

MARÍA. ¡Vos triste!

DELFIN. No sin motivo,
pues un padre tan esquivo
á estarlo á veces me obliga.

Por la mañana, en la córte,
lejos de venir á hablarme
ó afectuoso mirarme,
bien sea que se reporte,
ó bien por otra razon,
ni aun suele volver la cara
adonde estoy; prueba clara
de que me tiene aversion.

MARÍA. ¿Qué decís?

DELFIN. Mucho lo temo
contemplando en qué abandono
el heredero del trono
yace, pues soy el extremo
de la ignorancia más crasa,
desde que nací encerrado
en un castillo encantado
ignorando cuanto pasa;
sin que nada me enseñasen,
sin permitir que en la historia
leyendo ejemplos de gloria
mis entrañas palpitasen.
Pero ¿cómo he de aprender,
si tras de saber tan mal
solo me dan el «Rosal
de las guerras,» á leer?

MARÍA. Y ese libro alabo yo:
el Rey mismo le compuso
para vos.

DELFIN. Si se propuso
fastidiarme lo logró.
Así se burlan de mí
todos, y nunca aprendiera
si otro libro no tuviera.

MARÍA. ¿Teneis otro?

DELFIN. Vedle aquí.
(Saca un libro del seno.)

MARÍA. ¡Jesús! Guardadle, señor.

DELFIN. ¿Por qué? ¡Si es tan divertido!
De lances es un tejido

y de hazañas de valor.
MARÍA. Tiemblo... ¡Si el Rey lo supiese...!
DELFIN. ¿Quereis que juntos leamos?
MARÍA. ¡No, por Dios!
DELFIN. Solos estamos.
MARÍA. ¡Oh! Mas si alguno viniese,
é imaginase otra cosa.
DELFIN. Pues yo solo leeré.
MARÍA. Y yo me voy. ¿A ver qué
(Hace ademan de irse, pero vuelve y dice mirando por encima del hombro del Delfin.)
título tiene?
DELFIN. ¡Curiosa!
MARÍA. ¿Yo curiosa? Vaya un poco
(Se sienta junto á la mesa.)
de lectura.
DELFIN. ¡Al fin cedeis!
¿Pero me corregireis
si alguna vez me equivoco?
MARÍA. Por de contado. ¡Ay de mí!
(El Delfin se pone de rodillas, y coloca el libro sobre las de María.)
¿Qué haceis, señor? Perdonad.
DELFIN. Estoy con comodidad.
MARÍA. Estamos mejor así. (Levantándole.)
(El Delfin leyendo, mientras que María señala con el dedo en la página.)
«Crónica de Francia, escrita
en el año...
MARÍA. ¿Qué tenemos?
DELFIN. Números. Los dejaremos.
MARÍA. Sí, más vale. (Sonriéndose.)
DELFIN. ¡Qué revista!
«O historia de una pastora
que á los ingleses echó
del reino, y á quien llamó
este su libertadora.»
MARÍA. En tiempo de vuestro abuelo.
DELFIN. Fué Juana.

MARÍA ¿Os hablaron de ella?
DELFIN. Y tambien de otra muy bella.
MARÍA. ¿De quién?
DELFIN. Bella como un cielo,
como vos.
MARÍA. A la lectura.
DELFIN. El difunto Rey la amó,
y ella le correspondió
con entrañable ternura.
MARÍA. ¿Quién os refiere esas cosas?
DELFIN. Todos algo, nadie mucho;
ellos hablan, y yo escucho
sus palabras misteriosas:
lo que no dicen sacando
de lo que dicen despues.
Mas si pronuncian de Inés
el nombre amoroso y blando,
siento al punto una improvisa
y agradable turbacion,
se me ensancha el corazon
y da golpes más aprisa.
Sé que el Rey por complacerla
desbarató á los ingleses,
y vengó nuestros reveses
aspirando á merecerla;
que muchas perlas la dió,
esmeraldas y topacios,
y magníficos palacios,
y feudos, y ¿qué sé yo?
Pues los Reyes pueden dar
cuanto quieren, sus personas;
sus reinos y sus coronas,
y el amor recompensar
que les tiene. Yo al contrario,
pobre Príncipe de Francia,
guardado con vigilancia
por un hombre mercenario,
que sin tesoros me veo,
sin joyas, ni poderío,

que no tengo nada mio,
ni un solo amigo poseo
que ria, si alegre estoy,
y si estoy triste, se aflija,
solo tengo esta sortija;
pues bien, hermosa, os la doy.
(Presentándosela.)

MARÍA. ¡A mí!

DELFIN. No la desprecieis,
aunque de poco valor,
Y si algun dia...
(Se la pone en el dedo á María.)

MARÍA. ¡Señor!

DELFIN. Reinar en Francia me veis.
mostradme aquese presente
de un buen afecto señal,
pues mi palabra real
os empeño, y juntamente
os la doy de caballero,
que no habrá tan elevado
título, ni tan colmado
tesoro en mi reino entero,
ni gracia tan deseada
ni merced tan singular,
pudiéndola yo otorgar,
que os fuere por mí negada.

MARÍA. Que vuestra alteza lo jura;
¿y volviéndole ese don,
de un desterrado el perdon
conseguiré por ventura?

DELFIN. ¿Quién es? (Con viveza.)

MARÍA. Un francés que llora
de su dulce pátria ausente.

DELFIN. ¿Y vos le amais?

MARÍA. Ciertamente.

DELFIN. ¡Vos, ingrata, vos, traidora!
Esa sortija al momento
volvedme.

MARÍA. Tomad, señor.

DELFIN. ¡Ah! No, primero es mi honor:
yo cumpliré el juramento;
y aunque me hagais padecer
tormentos tan inhumanos,
lo que salió de mis manos
no volverá á mi poder.
No espero consuelo ya,
mi dicha en flor pereció;
mas el Delfin prometió,
el Rey no lo olvidará.

ESCENA III.

DICHOS y COMINES.

COMIN. Por fin hallo á vuestra alteza:
su majestad á buscarle
me envia.
DELFIN. ¿Sabeis qué quiere?
Comines, tranquilizadme.
¿Me llama un juez irritado,
ó me espera un tierno padre?
COMIN. No temais, Príncipe augusto:
precedido de su paje
de lanza, y sus dos heraldos,
el Borgoñon y el de Flandes
un enviado del duque
dentro de pocos instantes
á Plésis ha de venir;
su majestad por honrarle
quiere que hasta su presencia
vuestra alteza le acompañe.
DELFIN. Temblando estoy todavía
como si fuera culpable.
¡Santo Dios, para los hijos,
qué terribles son los padres
á veces! Cuando me acerco
al mio, casi ni hablarle
puedo, ni en pié sostenerme,

y si clava en mi semblante
los ojos medio cerrados,
que tan lejos de apagarse
centellas de luz despiden,
no basta para animarme
toda mi filial ternura,
y me estremezco al besarle
la mano. Con todo, voy...
¡Más qué imprudencia tan grande!
(Volviéndo para cojer el libro que habia dejado sobre la mesa.)

COMIN. ¿Qué teneis, señor?
DELFIN. María,
mi confidenta, lo sabe:
tambien tengo yo ministro.
¿No se lo direis? (Á María.)
MARÍA. A nadie.
DELFIN. Es un secreto de estado, (Á Comines.)
señor mio. Adios.

ESCENA IV.

DICHOS menos EL DELFIN.

COMIN. Dejadme
solo.
MARÍA. ¿Por qué tan ceñudo?
COMIN. Teneis la memoria frágil.
A lo menos no olvideis
que el Rey quiere veros antes
de que os vayais.
MARÍA. ¿De ese modo
me despedís? ¿Sin mirarme
siquiera, ni sonreiros?
Hagamos las amistades: (En tono afectuoso.)
perdon.
COMIN. Perdonada estás. (Abrazándola.)
MARÍA. Huiré de aquí en adelante
del Príncipe, yo os lo ofrezco;

aunque supiera irritarle.
COMIN. ¿Irritarle? No, no tanto;
pudiera perjudicarte,
y á mí tambien, si á mirarnos
con malos ojos llegase.
Cuando lo presente acaba
es menester prepararse
para lo futuro. Un Rey
á quien hemos visto infante,
sino le descontentamos
debe sernos favorable,
y yo he menester clemencia
para aliviar los pesares
de un desterrado. ¿Lo entiendes?
MARÍA. (La advertencia llegó tarde,
pues ya tengo en este dedo
el indulto de mi amante.)

ESCENA V.

COMINES.

COMIN. Vamos á ver á este conde
de Retél, y á sobornarle,
que así mi señor lo manda.
Mi señor, que ganar sabe
con solo un rasgo de pluma,
ó una cruz puesta á la márgen
de un pergamino, más pueblos
que desnudando el alfanje;
y creyendo que es la gloria
juguete de niños grandes,
antepone un buen tratado
al triunfo más envidiable.
¡Gran político es el oro!
Póngase de nuestra parte.
Si no...
UN CRIADO. El conde de Retél.

ESCENA VI.

COMINES y NEMUR.

COMIN. ¡Nemur! ¡Cielos, amparadme!
NEMUR. ¡En este sepulcro habita!
COMIN. Ocultad vuestros afanes;
aquí las paredes oyen,
y el eco abulta las frases.
NEMUR. ¡Digna morada de un Rey!
Ya cerca de estos lugares
de las obras de Tristan
ví las sangrientas señales.
Ví mecerse en ese rio
su justicia formidable;
ví los lazos que no dejan
á estas torres acercarse:
y colgados de las ramas
ví los cuartos palpitantes
y amarillos esqueletos.
COMIN. ¡Y pisais estos umbrales!
NEMUR. Á no ser vos y Cotie
nadie mi secreto sabe.
¿Quién me venderá?
COMIN. Ninguno.
NEMUR. Pues el Rey no será fácil
que me reconozca. Solo
una vez mandó llevarme
á su presencia. Aquel dia
salimos desde la cárcel
mis dos hermanos y yo,
y como tiernos infantes
nos llevaban de la mano
hasta llegar... ¡Oh barbarie!
¡Á unos niños! ¡Bajo el cuerpo
de su moribundo padre...!
COMIN. Serenáos.
NEMUR. ¡Dios eterno,

si sois justo, perdonadle
como él sabe perdonar!

COMIN. ¿Á qué venir á buscarle?

NEMUR. ¿Á qué vengo? Vengo en nombre
de quien le rinde homenaje
á pedirle estrecha cuenta.

COMIN. Otro pudiera encontrarse
que lo hiciese.

NEMUR. No sería
tan difícil sobornarle.
Yo soy bueno para el caso.

COMIN. No paseis más adelante,
y escuchad de la razon
los consejos saludables.
Todo el oro de la tierra
no fuera, Nemur, bastante
para compraros, lo sé;
ni aquí lo pretende nadie.
Mas, decid, ¿será posible
que vuestro enojo desaire
el don de un antiguo amigo,
de un libertador, de un padre?
María.

NEMUR. Ese dulce nombre
suspende todos mis males.
¡Ella! ¡El último consuelo
de mi vida miserable;
mi compañera, mi hermana,
sin duda para colmarme
de placer la formó el cielo!
Mas son sueños agradables.
Feliz, la hubiera adorado.

COMIN. ¿Feliz? ¿Y porqué privarse
de esa dicha? Qué, librar
despues de tantos combates
á dos Estados de un mútuo
recelo; de dos tenaces
competidores que el ódio
divide, hacer dos leales

amigos, cuya alianza
el propio interés arraigue,
¿fuera acaso quebrantar
el mas santo y venerable
juramento? No; al contrario,
sería ratificarle
y sacrificar á Dios
las ofensas personales;
sería hacer su deber.
Ese suspirado enlace
que á la vez os restituye
pátria, hacienda, dignidades,
no os cuesta ningun delito.
Ceded, y todo al instante
el Rey lo olvida y perdona.

NEMUR. ¿Qué escucho? ¡El Rey perdonarme!
¡Él me perdona! ¡Él olvida!
¿Qué ha de olvidar? Sus maldades,
las víctimas, el cadalso,
aquel extraño linaje
del suplicio que hasta entonces
nunca vieron las edades;
tres hijos arrodillados
bajo la espada cortante;
¿los tres de blanco vestidos
como al pié de los altares?
Porque nos ataviaron
para aquella abominable
funcion. De repente suenan
sobre mí pasos. ¡Oh trance
digno de ablandar las fibras
de los duros pedernales!
Le oigo pasar, detenerse,
hacer oracion, nombrarme
á mí y á mis dos hermanos,
y despues con tristes ayes
clamar: «¡Pobres inocentes!»
Despues sonó un formidable
golpe; despues... ¡ah! Despues,

nada más. Huyó al instante
la gente atemorizada
de tan horrorosa imágen,
y tendiendo yo las manos,
sin duda para abrazarle,
me pareció que caían
sobre las extremidades
de mis dedos, gota á gota,
lágrimas... Las de mi padre...
no, sus ojos apagados
en medio de penetrantes
dolores, ya no lloraban.

COMIN. ¡Nemur...!

NEMUR. ¡Era sangre, sangre,
la del autor de mis dias!
¿Olvidar? Podrá olvidarse
de lo pasado ese Rey,
cuyo encono deplorable
pudo ver sobre mi frente
con lentitud apurarse
la sangre de que nací.
Yo, jamás, aunque llegase
el término de los siglos.
Acaso podré engañarme;
pero bien engaño sea
de los sentidos falaces,
bien locura, ó porque así
lo quiera Dios y lo mande,
yo toco lo que no existe;
mis ojos ven lo que nadie:
nada se mueve de noche,
y yo le veo acercarse,
oigo sus pasos, de nuevo
quiero abrazar su cadáver,
y un espantoso rocío
cubre todo mi semblante.
En vano me alumbra el dia
sobre este blanco ropaje:
sobre mi pecho, en mis brazos

sangre encuentro en todas partes,
¡sangre infeliz! Dios lo quiere,
y no debo alucinarme;
Dios lo quiere, no es locura;
Dios me dice con señales
fijas, que para vengar
á mi asesinado padre
me predestinó á su muerte
aquel bautismo de sangre.
¡Padre querido!

COMIN. ¡Prudencia!
Se sienten pisadas: alguien
viene.

NEMUR. Cuando llegue el caso,
vereis que sé dominarme.
(Serenándose por grados.)

COMIN. ¡Oh zozobra! Si hablo es muerto,
y si callo
(Mientras, Nemur sale por una de las puertas del costado.)

UN UGIER. El Rey.

COMIN. Ya sale.

ESCENA VII.

LUIS, COMINES, COTIE, OLIVEROS, EL CONDE DE DREUS, VECINOS DE PARIS y CABALLEROS.

LUIS. Conde, no hay que chancearos;
(Al conde de Dreus.)
si nuevas quejas de vos
recibo, podeis á Dios
ciertamente encomendaros.
Os echo mano, y si apura
la verdad mi diligencia,
á la divina presencia
os envio en derechura.
Salvar el alma es el punto
que más importaros debe.

Dios á su gloria la lleve.
En cuanto al cuerpo es asunto
mio, y corre por mi cuenta.

DREUS. Ruego á vuestra majestad
con la mayor humildad
solo que me escuche atenta.

LUIS. ¡Cómo! ¿En mi pueblo mandais,
y monarca sin corona
más que mi régia persona
de su bolsillo tomais?
Pues yo soy mi pueblo entero;
y yo soy del mismo modo
cada cual, y yo soy todo;
y cuando yo digo quiero,
ninguno debe querer
más de lo que yo quisiere;
y el que á mi pueblo ofendiere
debe reputarse haber
á mi persona ofendido.
Vos lo hicísteis.

DREUS. Señor, yo
nunca...

LUIS. No digais que no:
os habeis enriquecido
con los pechos y tributos,
en lugar de diez, sacando
cuarenta y pico, y tomando,
sino hay moneda, los frutos
de unos honrados vecinos,
y de mi fiel capital,
gente muy sana y cabal,
y de mi aprecio muy dignos;
que piensan bien, pagan bien,
y nunca salen de punto.
Mirad á este Rey difunto,
segun decís, y de quien
no haceis caso para nada.
¿Qué tal? ¿Está muerto ó vivo?

DREUS. Señor, no he dado motivo. (Temblando.)

Vuestra majestad se enfada...
LUIS. No estoy, no estoy todavía
tan postrado; y si me enojo,
aun tengo sangre en el ojo.
Ni está el doliente, á fé mia,
tan pálido como vos.
Fio que habeis de cansaros
de esperar antes de holgaros
con mi muerte... ¡Voto á Brios!
La mano echais á las riendas
por mi mano conducidas;
¿á mí me dejais las vidas,
y os apropiais las haciendas?
¿Lo absoluto codiciais
hermoso, reinando yo?
¡Feliz el que resistió
á las ganas que mostrais!
Solamente de pensar
en tan osada quimera
el corazon á cualquiera
se le debe desmayar.
Es prerogativa mia
por derecho y posesion;
herencia que division
no admite ni compañía;
golosina harto real,
y que en los años pasados,
á otros más encopetados
que vos hizo mucho mal.
¡Cuántos, cuántos sediciosos
me echaban entonces fieros!
Y... tú me viste, Oliveros,
en tiempos calamitosos.
OLIVER. Y tan firme como ahora.
LUIS. En su número fiaban,
y la frente levantaban
más que vos... En mala hora;
porque la cosecha fué
sangrienta y de nobles cuellos,

y cada vez que uno de ellos
se alzó contra mí, segué
con impulso tan veloz
y tan á raíz la espiga,
que ya no hallareis quien diga
por dónde pasó la hoz.
Su filo derribó así
á Nemur, siendo con él
por ventura harto cruel.
Por el ejemplo lo fuí,
y aun puedo serlo. ¿Teneis
hijos? (Al conde de Dreus.)

DREUS. ¡Por Dios, aplacadle.
(En voz baja á Cotie.)

COTIE. ¡Bien, señor, muy bien! Matadle;
pero vos no os curareis
cediendo al enojo tanto.

LUIS. Sin duda no estoy sereno.
¿Qué importa? Me siento bueno:
bueno; la vista del Santo
me ha infundido gran vigor.

COTIE. Pues ya estoy demás aquí;
pero aquese frenesí
y el gesto amenazador,
igual beneficio harán
al enfermo que al cristiano.

LUIS. ¡Cotie!

COTIE. No soy cortesano;
repito que os dañarán.

LUIS. ¡Cotie! (Con más violencia.)

COTIE. Si digo que es cierto;
y para prueba más clara,
no hay más que veros la cara;
teneis un color de muerto.

LUIS. ¡Hombre! ¿Qué dices?

COTIE. Pues qué,
¿es sano ensoberbecerse
y no querer contenerse?

LUIS. Basta, yo me contendré.

COTIE. No, no; más vale cumplir
vuestra santa voluntad,
echarla de majestad,
decir yo quiero, y morir.
LUIS. No tal.
COTIE. ¿Por qué refrenaros?
En un Rey fuera mal visto.
Pero despues, ¡vive Cristo!
no vengais á lamentaros.
LUIS. Ya sabes que yo te aprecio.
(A Cotie, dándole la mano.)
Vos, conde, restituid
(Al conde de Dreus con frialdad.)
lo usurpado, y redimid
vuestra cabeza á este precio.
Pero no para despues
lo dejeis, ó si tardais,
viendo que no la estimais
haré que caiga á mis piés.
Esto sin desazonarme, (A Cotie.)
para no agravar mi mal.
DREUS. Obedeceré. (Con humildad.)
LUIS. ¿Qué tal? (A los vecinos de Paris.)
¿Deben mis pueblos amarme?
Amigos, de los dineros
que os vuelvan, recompensad
el celo y fidelidad
con que el señor Oliveros
me sirve: él me descubrió
todo. Quinientos escudos.
no os han de dejar desnudos.
Dádselos. ¿Los quieres?
OLIVER. ¿Yo
oponerme á lo que manda
mi Rey y señor? ¡Jamás!
LUIS. Y tú, mal genio, ¿querrás (A Cotie.)
tomar algo? Ya se ablanda.
Otros dos mil, hijos mios,
(Á los vecinos de Paris.)

para mi médico. Es justo,
pues yo tengo en ello gusto,
y como vasallos pios
y fieles procedereis;
porque vela noche y dia
sobre mí, que vuestro guia
y amparo soy, como veis;
que os restituyo la hacienda,
os libro de muchos daños,
os estimo; otros diez años
espero en esta contienda,
ú otros veinte continuar,
pues me siento remozado.
A Paris este recado
podeis, amigos, llevar,
y que si logra su empresa
mi físico, segun vamos,
hácia el Domingo de Ramos
iré á sentarme á la mesa
de algun vecino leal.
Dios os guarde. Escuchad vos
(Al conde de Dreus, que se retiraba con ellos.)
dos palabras. Solo dos (A Cotie.)
le digo. Una chanza igual (Al Conde.)
costó cara al feudatario
de Melun, y era tambien
conde. Meditadlo bien;
pronto está vuestro salario;
y Tristan con atencion
hace tiempo os considera.
La misma fortuna espera
á la misma presuncion.

DREUS. Crea vuestra majestad...

LUIS. Basta, señores, lo que
á uno solo dije, haré
con los otros. Despejad.
(Vánse todos, menos Comines.)

ESCENA VIII.

LUIS, COMINES; hácia la mitad de la escena entra MARÍA.

LUIS. ¿Y ese hombre?
COMIN. Es incorruptible.
LUIS. ¿Te chanceas?
COMIN. ¡Yo, señor!
LUIS. Pues te engaña con primor.
COMIN. No me engaña.
LUIS. Es imposible.
COMIN. Vuestras dádivas rehusa.
LUIS. Será muy interesado.
COMIN. Yo le ofrecí demasiado,
y con todo..
LUIS. Vana escusa;
haberle ofrecido más.
Que venga; yo trataré
con él, y te probaré
que sabes poco. Verás.
COMIN. Es inútil ciertamente,
y yo no le recibiera.
LUIS. ¡Cáspita! Y que me creyera
muerto ya mi buen pariente.
Corre á buscarle.

ESCENA IX.

LUIS y MARÍA.

LUIS. ¿María,
has cogido muchas flores?
MARÍA. Cuantas esparciendo olores
en todo el contorno habia.
LUIS. Háblame de nuestro Santo:
¿de qué enfermo la dolencia
ha sanado en tu presencia,
cubriéndole con su manto?

¿Qué milagro has visto, dí?

MARÍA. Ninguno he visto, señor.

LUIS. Me han dicho que su favor
quiere guardar para mí.
En esto de curaciones
que una sola pida al cielo,
la mia, para consuelo
de todas las aflicciones
de mis vasallos. Mas vé,
hija, á llevar nueva ofrenda
á la Vírgen, porque atienda
á mis súplicas. Yo iré
á la ermita en pos de tí.
Oye, toma este presente
que te ofrecí.
(Dándole una cadena de oro.)

MARÍA. Dios aumente
vuestros años... ¡Ay de mí!
(Reparando en Nemur, que entra con el Delfin, Comines y séquito.)

LUIS. ¿Qué le sucede? Clavados. (Observándola.)
en el Borgoñon están
sus ojos. Aquí Tristan.
(Aparecen Tristan y los caballeros de la corte.)
Caballeros, á mis lados. (Siéntase en el trono.)

ESCENA X.

LUIS, EL DELFIN, NEMUR, COMINES, UN HERALDO, CABALLEROS FRANCESES Y BORGOÑONES.

NEMUR. Él es, él es; al verle de mi pecho
(En medio del teatro.)
un horror convulsivo se apodera.
¡Y Dios sufre que exista! ¡Padre mio!

LUIS. Galardon alfaraute... ¿Mi, presencia
os intimida, Conde? Recobraos.
(Despues de recorrer las credenciales que el heraldo le presenta de rodillas.)

NEMUR. No solo el miedo la color altera,
la indignacion tambien; y los agravios
de que vengo á quejarme y pedir cuenta
son tales, que en mi frente, á pesar mio,
se descubre el furor que me enajena.
LUIS. Esos agravios declarad.
NEMUR. Al punto
los vais á oir. En nombre de su alteza
el muy noble señor y poderoso
Cárlos, á quien por duque reverencian
las provincias de Flandes, de Borgoña...
LUIS. Conozco los estados que me prestan
pleito homenaje. Referid los hechos.
NEMUR. Á vos el Rey de la nacion francesa,
su hermano por el deudo y la alianza,
yo pues que vine á la presencia vuestra
en virtud de sus órdenes, y hablando
en nombre suyo, expongo las ofensas
que recibió de vos y vuestra gente
para exigir satisfaccion completa
de todo. Y en primer lugar me quejo
de que dando al olvido las promesas
recíprocas, habeis de los cantones
apoyado la injusta resistencia;
y cuando esos rebeldes nos insultan,
y amenazan osados con la guerra,
vos acogeis á sus caudillos dentro
de estas murallas.
LUIS. Ni los ví siquiera;
y prometo no verlos ni escucharlos.
NEMUR. ¿No los escuchareis? Enhorabuena.
Me quejo de que Brancas y Chabanes,
infieles al honor, y haciendo befa
de la jurada paz, con lanza en mano
osaron sorprender las fortalezas
del duque, y á pesar de los solemnes
juramentos, que con la mano puesta
sobre la cruz, prestó Luis el Onceno,
cristianísimo Rey, ellos por fuerza

y alevosía propia de villanos
(cobardes los declara aquí mi lengua)
prevalecer hicieron un derecho
que los tratados últimos os niegan.

LUIS. Si tal hicieron, que la culpa toda
se les impute y á su cargo sea;
contra mi voluntad en esto obraron.

NEMUR. No basta asegurarlo, quiero pruebas.

LUIS. Las tendreis.

NEMUR. Pero prontas decisivas.

LUIS. Decidme cuáles.

NEMUR. Su castigo.

LUIS. Sean
vuestros poderes, Conde, los que fueren,
exigís demasiado: yo en conciencia
no puedo condenarlos sin oirlos.

NEMUR. ¡Ah! Señor, con excusa menos bella
(Con vielencia.)
el hacha en vuestra mano siempre alzada
hizo al suelo caer otra cabeza
más ilustre.

LUIS. ¿Cuál fue? (Levántandose.)

NEMUR. ¿Cuál? Dios lo sabe.
Dios al juzgaros, pues tambien condena,
os la presentará terriblemente.

LUIS. En mis manos, Retél, está la vuestra.

NEMUR. Y si quereis, señor, podeis tomarla;
más antes escuchad lo que me queda
que decir: es ya poco.

COMIN. Mirad, Conde...

LUIS. ¡Qué bien al temerario representa!
(Sentándose.)
Nunca este nombre mereció con tanta
justicia. ¿Es cierto? (A los caballeros.)

NEMUR. Acabaré mi arenga
aunque la vida arriesgue, y por más daños
que del paso que doy seguirse puedan.
Oidme, pues, leales caballeros,
y vosotros, señores de alta esfera,

cuyo escudo, si el mismo Rey le ofende
la mancha escupe, y su esplendor ostenta:
Cárlos de los agravios que acredita
este papel satisfaccion desea;
justicia quiere y pide, ó por mi boca
declara en nombre de la Francia entera,
en nombre del bien público ultrajado,
que vuelve á tremolar en paz y en guerra
el pendon de Borgoña y sus leones;
que del pleito homenaje se releva
á sí mismo por todo estado, feudo
y derecho feudal, ó por cualquiera
merced que recibió de la corona;
que la prestada fé, de que reniega
rompe con el acero; que se erige
público vengador de las ofensas
pasadas y presentes, de la sangre
de los ilustres pares, con horrenda
traicion y alevosía derramada;
y ante Dios, contra vos y las sentencias
inícuas de vos mismo provenidas,
se constituye campeon de aquellas
augustas sombras, su favor reclama,
y como simple caballero os reta
á duelo singular, su buen derecho
al fallo remitiendo que aparezca
en el juicio de Dios. Y por lo tanto
de su resolucion ahí va la prueba.
(Arroja el guante.)
A todos ese guante os desafia.
¿Quién le recoge?

DELFIN. Yo, con ansia inmensa,
por mi padre y las lises.
(Apresurándose á cogerle.)

TODOS. Yo; yo...

LUIS. ¡Todos!
El primero mi hijo; ¡y en su tierna
edad á todos ellos se anticipa!
¡Bien, Cárlos! ¡Vive Dios, que no lo niega!

¡Es un Delfin de Francia!

DELFIN. ¡Padre mio!

(Enternecido.)

LUIS. No más. (Con frialdad.)

El guante á vuestra mano vuelva.

(Hace señal al heraldo de que recoja el guante y se le entregue á Nemur.)

Por la suya arrugado es más precioso.

(Señalando al Delfin.)

Bendecid entre tanto mi clemencia:
si yo no perdonase una osadía;
que raya en frenesí, cuando esa prenda
en el suelo cayó para insultarme,
hiciera yo rodar vuestra cabeza.
Pero los yerros del valor disculpo.
Señores, que ningun justo sea
en mi lugar. El Rey fué el ofendido;
considerad si como Rey se venga.
Hoy, conde, como amigos y cristianos
podremos reunirnos en la iglesia;
despues recorreremos este escrito
entrambos juntos; yo le guardo mientras;
y para examinar mis sinrazones,
haré por olvidarme de las vuestras.

NEMUR. Cumplí con mi deber, y aunque supiese
perder la vida, acabaré mi empresa.

LUIS. Comines, aguardad.

(Hace señal á todos de que se retiren, y á Tristan de que espere en el fondo del teatro.)

ESCENA XI.

LUIS, COMINES y TRISTAN en el fondo del teatro.

COMIN. Bien os lo dije;
era muy peligroso darle audiencia.

LUIS. No siento hablar con hombres irritados,
pues mejor y más pronto se penetra
cuanto en el alma esconden. Es preciso

desvanecer de Cárlos las sospechas
firmando este tratado. Si permite
el cielo que su orgullo al fin le pierda,
y otro Morat le aguarda, detenerle
en medio del camino impiedad fuera.
¡Pero mi hijo...! (Despues de una pausa.)

COMIN. ¡Qué alma tan heróica
su juvenil denuedo manifiesta!
¡Qué presto, digno apoyo de su padre,
á su cargo tomó nuestra defensa!

LUIS. Pudiera ser temible si algun dia
se sublevase.

COMIN. ¡Tan estraña idea...!

LUIS. Yo me entiendo, y conozco por mí mismo
cuánto puede un Delfin que se rebela
contra su Rey. Pero, decidme, ¿el conde
conoce á vuestra hija?

COMIN. ¿Conocerla? (Maravillado.)

LUIS. Respondéd. (Con viveza y severidad.)

COMIN. Visitaba á mi familia,
(Con cierto embarazo.)
segun me han dicho, porque yo en aquella
sazon estaba en Francia...

LUIS. Bien. ¿Y entonces?

COMIN. La vió.

LUIS. La amó: decidlo con franquenza.

COMIN. Sin duda, el conde se inclinó á mirarla...

LUIS. La quiere, ¿y presumís que no habrá puerta
por donde entrarle? Bien está; encerráos
en mi aposento; allí sobre la mesa
os dejé preparado un grave asunto,
y quiero despacharle cuando vuelva.

COMIN. ¿Y no he de acompañaros?

LUIS. No: dejadme
solo en mi cuarto. (Más sabré por ella.)

ESCENA XII.

LUIS y TRISTAN.

LUIS. Ven.
TRIST. Aquí estoy.
LUIS. Acércate.
TRIST. Me acerco.
LUIS. Otros dos pasos.
TRIST. Basta que se muevan
vuestros labios, señor, para que todo
lo que en secreto me digais lo entienda.
LUIS. Me has visto perdonar las demasías
de aquel vasallo.
TRIST. ¿Pero fué de veras?
LUIS. Sí.
TRIST. Muy bien hecho.
LUIS. Voy á componerme
con él.
LUIS. ¿Á componeros?
TRIST. ¿No lo apruebas?
TRIST. ¿Yo? No faltaba más. Siempre mi amo
tiene razon aunque haga lo que quiera.
LUIS. Pero si con el tiempo mi buen primo
un revés de fortuna experimenta...
¡Dios le libre!
TRIST. Pues yo lo que deseo
es que no falte un átomo siquiera
para que se despeñe.
LUIS. No eres bueno,
Tristan; la santa religion condena
esos deseos. Mas si lo dispone
Dios, todo cambia.
TRIST. Lo de adentro afuera.
LUIS. Si yo un convenio á mi interés contrario
dejo en manos del conde, ¿qué imprudencia
no será?
TRIST. Fácil es de componerlo;

el tratado y el conde están á vuestra
discrecion.

LUIS. Eso no; respeto sumo
al derecho de gentes. Si estuviera
en otra parte.

TRIST. Pues señor, entonces
no atino de qué modo se remedia
el daño; si él se lleva el protocolo...

LUIS. Cuando se vaya le daré una buena
escolta.

TRIST. ¿Para honrarle?

LUIS. Sí: tú mismo
la mandarás. Componla á tu manera.

TRIST. ¿De gente mia?

LUIS. Pues.

TRIST. ¿Y ha de ser mucha?

LUIS. Más que su comitiva. Con la idea
de honrarle.

TRIST. Por supuesto.

LUIS. En el camino...
¿quién sabe? Una persona tan soberbia...

TRIST. Tan insolente.

LUIS. Puede, ó bien los suyos,
en un mal paso hacerte alguna afrenta.

TRIST. ¿Y yo, señor?

LUIS. Defiéndete.

TRIST. Dejadlo
á cargo mio.

LUIS. Luego te apoderas
del tratado.

TRIST. No hay duda.

LUIS. Y en seguida
te vienes.

TRIST. ¿Pero el conde...?

LUIS. ¡Qué torpeza!

TRIST. ¡Ah! ¿Será menester...?

LUIS. Ya te da risa:
me entendiste, compadre.

TRIST. ¡Bagatela!

ACTO TERCERO.

Decoracion de bosque. A un lado una ermita dedicada á la Vírgen: su rústico portal se adelanta y eleva sobre algunos escalones. Al otro lado un banco al pié de un árbol.—Al correr el telon se ve el cuadro animado de una fiesta de aldea: hombres y mujeres bailan en rueda delante de la escena.

ESCENA PRIMERA.

MARCELO, RICARDO, ALBERTO, MARTA, ALDEANOS, SOLDADOS, MERCADERES y ESCOCESES.

Cantan. ¡Qué placer, qué diversion!
Demos, demos brincos mil,
Bailando al alegre son
De la gaita y tamboril.
Mozuelas,
Vihuelas,
Al baile pastoril.
En un dia tan puro y hermoso
Nadie debe gemir pesaroso.
Larga vida y salud pidamos
Para el Rey á quien tanto amamos.

MARTA. ¿Va mejor?
MARCEL. Dios lo sabe.
MARTA. ¡Lo que tira
su sacra majestad!
MARCEL. Es buen empleo
el suyo; por lo tanto no me me admira
que quiera conservarle.
RICARD. Yo deseo
buena salud, que vale más que el oro.

ALBERT. El tambien la desea; y al tesoro
la suya, segun dicen, cuesta cara.
RICARD. ¿Cómo no ha de costar? La cosa es clara.
¡Tanto recaudador y alcabalero
que nos deja en camisa!
¡Tanta contribucion!
MARCEL. ¡Hasta la risa
ha de pagar tributo! Yo bien quiero
divertirme y reir, mas por mi cuenta.
MARTA. Yo tambien cuando bailo por mi gusto,
y con el que me agrada, estoy contenta;
pero por carga concejil, no es justo.
ALBERT. Y mas cuando uno está muerto de susto.
Más vale trabajar en un camino
con un grillete al pié.
RICARD. Ya lo sabemos.
MARCEL. Más vale que haga un hombre un desatino
y le ahorquen.
MARTA. Más vale que callemos.
MARCEL. Tienes razon: bailemos.
Cantan. ¡Qué placer, qué diversion!
Demos, demos brincos mil,
Bailando al alegre son
De la gaita y tamboril.
Mozuelas,
Vihuelas,
Al baile pastoril.
Suele haber unas almas tan buenas
Que no pueden sufrir nuestras penas.
¡Viva Tristan el ermitaño!
Que nos mandó bailar ogaño.
ALBERT. ¡Cata los escoceses!
MARCEL. Ya pescaron
á un pobre mercader. Saldrá sin pluma.
ESC. 1.° Pague.
MERC. La cuarta parte de la suma.
ESC. 1.° La suma entera, perro.
MERC. Si tomaron
todas las mercancías

más preciosas, ¿no pueden, perdonarme?
ESC. 1.º Ni el valor de un adarme.
ESC. 2.º ¿Perdonar una blanca? No en mis dias.
Para que lo supiera
el padre capellan del regimiento,
y no nos absolviera
por haber perdonado á un gran judio.
Paga, y vete al momento.
MERC. Pago, y me voy al punto, señor mio
ESC. 2.º Dos palabras, mocita. (A Marta.)
MARCEL. Es mi mujer.
ESC. 1.º ¿Qué importa, si es bonita?
ESC. 2.º Bonita como un sol; por San Dustando
la tengo de abrazar. (La abraza.)
ESC. 1.º Y yo. (Lo hace.)
MARCEL. Estimando,
señores militares; mi velada
y yo tanto favor no merecemos.
ESC. 2.º Mañana más despacio nos veremos.
(Vánse los escoceses.)
MARCEL. Antes revientes.
MARTA. No respetan nada.
ALBERT. Nada; para nosotros son peores
mil veces que la piedra, la langosta
y los parques del Rey.
RICARD. A toda costa
procurad el sustento, labradores;
subid á vuestras cámaras cerradas
los granos recogidos,
para que de sus nidos
de golondrinas salgan á bandadas
á infundir el espanto,
á derramar las ansias, el quebranto,
el hambre, la ignominia donde quiera
que se deje caer su saña fiera.
MARCEL. A la novia de Huberto han dehonrado.
RICARD. Mi único hijo yace mal herido.
ALBERT. ¡Cúando veremos muerto y repodrido
al último escocés!

RICARD. Y á otros.
MARTA ¡Cuidado!
Que llega el Oliveros.
MARCEL. Siga la danza y suenen los panderos.
Cantan. ¡Qué placer, qué diversion! etc.

ESCENA II.

DICHOS y OLIVEROS.

OLIVER. Premiadas ven los reyes sus tareas
cuando se canta y baila en las aldeas.
Bien, amigos, apruebo esos extremos.
MARCEL. Ya veis, señor, qué alegres nos ponemos.
OLIVER. A contemplar el júbilo inocente
de vuestras almas vengo solamente;
porque, en efecto, estimo á los villanos.
MARCEL. Todos nosotros por merced tamaña
os besamos las manos.
OLIVER. Digo que quiero al pueblo, no es patraña.
MARCEL. Quiere bien á los suyos. (A Marta en voz baja.)
MARTA. ¿Estás loco? (Id.)
MARCEL. Si era un rapa quijadas hace poco. (Id.)
MARTA. ¿Pues no dicen que anduvo en embajadas? (Id.)
MARCEL. Era un embajador rapa quijadas. (Id.)
OLIVER. Hijos, la diversion vaya en aumento;
reid, bailad, el Rey así lo quiere,
porque vuestro contento
al suyo propio con razon prefiere.
MARTA. Aquí á la fresca, bajo la enramada,
el baile dispusimos,
y todos presuroso acudimos,
cumpliendo la órden dada.
OLIVER. ¿Cuál órden?
MARCEL. Bajo pena de azotarnos,
el gran preboste nos mandó alegrarnos
hoy á las doce en punto.
OLIVER. Es hombre que nació para el asunto.

MARCEL. Quién, ¿el señor Tristan? De puro bueno
se pasa; tan callado, tan sereno.
Eso sí, con los pobres no es muy blando
cuando publica un bando
para que se diviertan.

MARTA. Si no fuera
tan riguroso, ¿quién se divirtiera?

RICARD. Ninguno, en vez que ahora alegremente
vino toda la gente,
y está de motu propio entretenida.

OLIVER. ¿Y con gusto bailais?

MARTA. Con alma y vida.

OLIVER. Os doy la enhorabuena.
Acaso al ver un dia tan hermoso,
el Rey se llegue á esta arboleda amena
á gozar un instante de reposo.

MARCEL. ¡El Rey aquí!

OLIVER. Sin duda. ¿Qué te ha dado?

MARCEL. Nada, señor, el gozo inesperado.
El Rey entre nosotros. ¡Qué diablura!

MARTA. ¡No esperaba la aldea una ventura
tan grande!

OLIVER. ¿Pero qué direis, veamos,
al mejor de los amos
cuando le hableis? Porque será preciso
hablarle, aunque fingiendo
que no le conoceis.

MARCEL. Ya, ya lo entiendo.
Una vez de improviso
le vi tras de las rejas
pasando por allí con mis ovejas:
digo verle queria,
mas luego lo dejé para otro dia.

OLIVER. ¿Pues qué, tuviste miedo?

MARCEL. Me causaba
tanta veneracion, que tiritaba
de frio. En fin, tú le hablarás, Ricardo

RICARD. Yo soy un poco tardo
de explicaderas. Tú podrás hablarle.

MARTA. Y si no yo lo haré con buenos modos
OLIVER. Debeis hablarle todos,
y hacer por distraerle y consolarle
con alguna agudeza.
MARCEL. ¡Pobre señor! Pues qué ¿tanta tristeza
tiene?
OLIVER. ¿Qué ha de tener? Debeis decirle
que está muy bueno y sano.
MARCEL. ¿Y no lo está?
OLIVER. ¡Por vida del villano!
Debeis ingenuamente referirle
todo lo que pensais.
MARCEL. Cómo, ¿todito?
OLIVER. ¿Por qué no?
MARCEL. Pues alégrome infinito,
porque me quejaré de sus criados.
MARTA. Yo de sus escoceses disolutos.
ALBERT. Yo de sus galgos, liebres y venados.
RICARD. Yo de tantos tributos.
OTRO. Y yo...
OLIVER. ¿Quereis callar, gente grosera?
¿De cuándo acá tan libres y orgullosos?
MARTA. Perdon, señor; pensamos que pudiera...
OLIVER. Pensais que el Rey os hace muy dichosos.
MARCEL. Ya se ve.
OLIVER. Que le amais.
MARCEL. Mucho le amamos.
OLIVER. Como á un padre.
MARCEL. Lo mismo.
OLIVER. Y si se ofrece
dareis por él la vida.
MARCEL. Me parece...
que sí, señor.
OLIVER. ¿Quedamos
en eso, y no tendré que repetirlo?
MARCEL. No, no.
OLIVER. Pues acabárais de decirlo.
¿A qué ocultar tan lícitos deseos?
MARCEL. Tiene razon. ¿A qué andar en rodeos?

OLIVER. Ya sale de la ermita.
MARCEL. ¿Aquel anciano
seco y descolorido?
OLIVER. ¿Cómo? Tiene un color muy encendido.
MARCEL. Mucho, señor, muy sano.
OLIVER. Cantad.
Cantan. (Con voz muy desmayada.)
¡Qué placer, qué diversion! etc.
OLIVER. Alzad la voz.
Cantan. ¡Qué placer! etc.
OLIVER. Más todavía.
Alegría, podencos, alegría. (Cantan.)

ESCENA III.

DICHOS, LUIS y algunos escoceses que andan por el foro: durante esta escena y las siguientes, TRISTAN se deja ver de cuando en cuando, como para velar sobre el Rey. Éste llega á pasos lentos y se sienta en el banco, como rendido de cansancio.

LUIS. Tanto sol me deslumbra, y agoviado
por el calor me siento.
En mis floridos años era el viento
más puro, más delgado:
hasta en los climas noto ya mudanzas.
OLIVER. Si no quereis mezclaros en sus danzas,
habladles, porque no sois conocido.
LUIS. Bueno.
OLIVER. Tendreis un rato divertido.
LUIS. Haz que vengan, si quieres.
OLIVER. Aunque toscos, los hay muy bachilleres.
Oid, este señor que vino ahora (Á los aldeanos.)
tiene dos palabritas que deciros.
LUIS. Llega tú, labradora. (Á Marta.)
MARTA. ¿Yo, mi señor, en qué puedo serviros?
LUIS. ¿Qué haces, dí para estar tan saludable?
MARTA. ¿Hacer? ¡No fuera mala tontería!
Como Dios nos la envia
tomamos la salud, y su inefable

bondad nos la conserva,
como conserva el fruto en las encinas
y en los prados la yerba.
Ni nos deja pensar en medicinas
la ordinaria tarea;
pues apenas el gallo cacarea,
corremos cada cual á nuestro oficio:
el marido á las viñas y el arado,
la mujer al servicio
de la casa, la huerta y el mercado.
El trabajo despierta el apetito,
y hace plato exquisito
cualquiera vil manjar. No hay lecho duro
para el que se levanta
estando todavía el cielo oscuro.
Al calor de la manta
dormimos de un tiron y como leños,
sin aquellos ensueños
que á los malvados acongojan tanto.
Llega luego el Disanto,
y nunca falta alguna romería,
algun santo bendito
que celebrar con bulla y alegría.
Trabajo y apetito,
sueño á pedir de boca,
y limpia la conciencia,
solo en esto se cifra nuestra ciencia;
y aunque parece poca,
no es esfuerzo liviano
tener el alma en paz y el cuerpo sano.

LUIS. Para el pobre se hicieron los contentos;
para el rico las penas y los sustos.

MARTA. Esos, señor, son cuentos;
pobres y ricos tienen sus disgustos.
Cuando el pan encarece, muy tranquilo
recibís esta nueva pesadumbre;
pues yo en ella cavilo
mientras hilamos cerca de la lumbre.
Y sin embargo canto alegremente,

que suple el buen humor por la riqueza,
y el que se burla del dolor que siente,
tiene un afan de menos, la tristeza.
En este mundo todos nos quejamos,
y hasta el más infeliz halla envidiosos;
pero nos consolamos
pensando en los que son menos dichosos:
yo veo á muchos en apuros tales,
que se me antojan ilusion mis males.

MARCEL. Mi primo Ambrosio debe un año entero,
y más, del alquiler de su cabaña;
yo solamente debo desde Enero
á Octubre; me parece que es cucaña.

LUIS. Estos malditos lo interpretan todo (Á Oliveros.)
á su favor.

OLIVER. Se alegran á su modo:
pero su dicha al fin á pueblo huele.

MARTA. Acaso otra mayor no nos consuele.

OLIVER. No digais necedades;
¿quién deja de sufrir segun su estado?

LUIS. ¿Qué, no teneis jamás enfermedades
ni médicos?

MARCEL. Los hay para el ganado,
para nosotros no.

LUIS. ¿Por qué motivo?

MARCEL. Toma, porque se llevan el dinero
por mandar en latin un vomitivo,
y se burlan despues del majadero
que se le bebe. No; prefiero el rancio,
y que me dé tan dulce medicina
el sochantre Venancio,
que mejor canta, cuanto más empina.
No, sino henchir las bolsas y las panzas
de esos repartidores de esperanzas.
Cree uno escapar con el pellejo,
y á lo mejor la risa del conejo;
se va, se fué, Dios le haya perdonado.

LUIS. Me siento incomodado.

MARCEL. Cuando el dia llegó del vencimiento,

que quieras que no quieras es forzoso
dar á la obligacion fiel cumplimiento
y pagar la poliza. ¿Qué dichoso
potentado ganó el pleito á la muerte?

LUIS. ¿Luego tú no la temes?

MARCEL. ¡Yo? De suerte
que si en ella pensara,
lo mismo y más que todos la temiera;
pero muy tonto fuera
si lo que me contrista recordara.
Si empieza con novísimos el cura
cuando el sermon nos echa,
yo pienso en la vendimia, en la cosecha,
ó me digo en voz baja: la hermosura
de nuestro Marcelico es extremada;
llegue su edad como llegó la mia,
mientras juntemos para que algun dia
al pobre chico no le falte nada.
Que llore nuestra pérdida, supuesto
que sin remedio humano
á los hijos más tarde ó más temprano
hay que ceder el puesto.

LUIS. No hay duda. Lo más tarde que se pueda.

MARCEL. ¡Ay, señor! ¿De qué sirve la moneda,
si al infierno va el alma en derechura,
y el cuerpo á la callada sepultura?
No en valde el corazon se me aniquila
cuando á boca de noche
veo pasar un enlutado coche
que lleva á cada lado una gran fila
de luces, y al compás del triste canto
camina gravemente al campo santo.
Allí, me digo entonces á mí mismo,
allí todos los micos del abismo
están en las tinieblas agolpados
para echarle la zarpa, y los ducados
que atesoraba, sin jamás bastarle,
del cruel Satanás no han de librarle.

LUIS. ¡Ay de mí! ¡Yo fallezco! (Poniéndose de pié.)

OLIVER. Estoy por darte un pescozon, gallina.
MARCEL. Ese nombre merezco,
porque, en efecto, el miedo me domina.
Y sin embargo espero
en la bondad de Dios, pues considero
que no he muerto á ninguno.
LUIS. Vete al instante. (Con violencia.)
MARCEL. Acaso lo que dije (Á Marta.)
no fué muy oportuno.
MARTA. Así de su impaciencia se colige.
MARCEL. Mas yo ignoraba...
OLIVER. ¡Rústico!
LUIS. ¡La muerte,
el infierno, un suplicio interminable!
Mírame favorable,
Dios mio, y no me dejes ofenderte.
Qué, ¿no te fuiste? Vete de contado; (Á Marcelo.)
pero no, no te vayas. Ven, responde:
¿detrás de tí se esconde
alguno? ¿Quién te dijo, desdichado,
que así me hablases?
MARCEL. Nadie.
LUIS. No hay remedio,
alguien te aconsejó; te pagarian...
OLIVER. Sí, le persuadirian...
MARCEL. ¿Persuadirme ninguno? Que por medio
me parta un rayo si...
MARTA. No hay que hacer caso
de sus dichos, porque habla sin malicia:
es un inocenton.
MARCEL. Me hace justicia;
soy un bestia, y por un gran bestia paso.
LUIS. Me habeis hecho reir. ¿Es tu marido? (Á Marta.)
MARTA. Mi esposo, hombre de bien por otra parte,
y á quien amo.
LUIS. Consiento en perdonarte;
(Á Marcelo.)
mas no te alabarás de que te has ido
sin penitencia. Dinos tú los nombres (Á Marta.)

de tus cortejos.
MARTA. Eso no se gasta
entre nosotros.
LUIS. Basta
que tú lo digas, pero no te asombres
si lo dudo, ó más bien si no lo creo:
con ese talle y rostro nada feo,
esos ojos brillantes
y esas mejillas de azucena y rosa,
¿vives en este mundo sin amantes?
Míralo bien.
MARCEL. No tengas miedo, esposa,
dí sus nombres, que yo á todo me avengo.
MARTA. Uno tan solo tengo. (Sonriéndose.)
LUIS. ¿Y quién es?
MARTA. Vos.
LUIS. ¿De veras?
(Cogiéndola por los brazos.)
MARTA. Soltad, señor.
LUIS. ¿Qué temes de un anciano?
MARTA. ¿Anciano sois? ¡Temprano!
LUIS. Mas de todas maneras,
tengo bastante edad para fiarse
de mí.
MARTA. No seré yo la que me fie.
LUIS. ¿Por qué?
MARTA. No quiero que mi esposo crie
tanto pelo que no pueda rascarse.
¡Teneis unos ojuelos picarillos!
OLIVER. ¡Bien! (Á Marta al oido.)
MARTA. Y traza de ser algo tentado
de la risa.
LUIS. ¡Mujer!
MARTA. Fuera arriesgado
ir de noche con vos á cojer grillos.
OLIVER. ¡Bravísimo! (A Marta al oido.)
LUIS. ¿Qué dices?
MARTA. ¡A fé mia!
Y solo en este mundo deseara

que nuestro Rey se hallara
tan firme como vos.

LUIS. ¿Por qué?

MARTA. Sería
nuestra dicha colmada y duradera,
y la de nuestros hijos; porque fuera
de adulacion y engaños,
estais robusto y vivireis cien años.

LUIS. ¡Cien años! ¿Con que tú de veras quieres
al Rey?

MARTA. ¡Buena pregunta!
(Oliveros da con disimulo un bolsillo de dinero á Marta, que ella enseña por detrás á los aldeanos.)
¿No le queremos hombres y mujeres
todos?

ALDS. Todos, sí, sí.

MARTA. La Francia junta
idolatra en su Rey. La Francia es grande,
y en ella todos su bondad bendicen.

LUIS. ¿Oyes bien lo que dicen? (A Oliveros.)

OLIVER. Ya veis, sin que ninguno se lo mande.

LUIS. Eso mi justo gozo multiplica.
¡Pardiez! El Rey es quien te abraza, chica.
(A Marta, abrazándola.)

MARTA. ¡El Rey!

ALDS. Que viva el Rey.

MARCEL. Él y su hijo,
y todo su linaje eternamente.

LUIS. Gracias, honrada gente,
por la Francia y por mí. Con regocijo
vuestros vivas escucho,
y al corazon me llegan.

OLIVER. Porque nacen
del corazon. ¿No es cierto? (A los aldeanos.)

MARC. Mucho.

MARTA. Y por eso, señor, os satisfacen.

LUIS. Es positivo. ¿Con que me aseguras
que viviré cien años, hija mia?
Pues bien, tu profecía

te librará de algunas amarguras.
toma estas joyas, toma este dinero.
Y tambien á vosotros daros quiero;
(A los aldeanos.)
bebed á la salud de mis cien años.

MARC. Lo haremos con grandísimo decoro.
Y yo á propios y extraños
voy á enseñar estos puñados de oro,
á contarlos ufano en su presencia,
y á socorrer de algunos la indigencia.

MARTA. Y yo diré que nuestro Rey amado
un abrazo me dió muy apretado.

(Vánse los aldeanos, y el Rey se queda un rato pensativo; en seguida ve llegar á María, que sale de la ermita, y dice a Oliveros que se vaya; lo que ejecuta.)

ESCENA IV.

LUIS y MARÍA.

LUIS. Vete. (A Oliveros.)

MARÍA. ¡Señor!

LUIS. Acércate, María.
¡Qué linda vienes! Hoy con más cuidado
te adornaste.

MARÍA. Por ser en la comarca
esta una gran festividad...

LUIS. Es claro:
¿Y no tuviste otro motivo oculto?

MARÍA. ¿Qué motivo?

LUIS. No fuera muy extraño
en el florido abril de tu hermosura
querer prendar á un ser afortunado.

MARÍA. A vos, señor.

LUIS. ¿A mí? Te lo agradezco.

MARÍA. ¿Qué, lo dudais?

LUIS. Yo no; mas supongamos
que otra persona que tu Rey no fuese
viniese afectuoso á visitarnos

del imán de tus gracias atraido.
MARÍA. ¿Cómo decís?
LUIS. Es un supuesto falso.
MARÍA. No entiendo.
LUIS. Pues hablemos de otra cosa.
(Se sienta al pié del árbol.)
Ven, hija mia, siéntate á mi lado;
algo más cerca; más, no te sonrojes;
tu enfermo, sin causarte sobresalto,
puede contigo hablar cosas de risa;
y sabes que tenemos los ancianos
triste licencia de decirlo todo.
MARÍA. Y mayormente un Rey.
LUIS. Me hacen muy malo,
y á la verdad soy un buen hombre; siempre
me mostré decidido partidario
de las muchachas de tu edad. ¡Si vieras
cuántas alegres bodas se trataron
y dispusieron por mi régio influjo!
MARÍA. ¡Sois un gran Rey!
LUIS. Los jóvenes casados
me lo han dicho mil veces. Yo pensaba
ofrecerte mi apoyo soberano,
y hubiéramos salido ciertamente
con la empresa. Mas esto es excusado,
porque tú á nadie quieres.
MARÍA. Yo no quiero...
LUIS. A nadie, lo sé, niña.
MARÍA. Y sin embargo
creiais que yo...
LUIS. ¡Ba! Me equivocaba.
MARÍA. Eso sin duda alguna. Pero al cabo,
¿cuál fue vuestra sospecha?
LUIS. Yo creía
que allá en la corte de mi primo Cárlos,
tu corazon... ¿qué mucho, si las veinte
primaveras no cumples en dos años?
Tu corazon, repito, á fuer de noble
aceptaba propicio el holocausto

de un apuesto doncel tan generoso,
como valiente, de abolengo claro,
de antigua alcurnia: en esta parte, niña,
no me debes hacer el menor cargo;
mejor no pude colocar tu afecto.

MARÍA. Seguid.

LUIS. ¿Te va la historia interesando?

MARÍA. Sí, como una novela.

LUIS. Y otra cosa
no puede ser. Tu amante, aunque lejano,
no se apartaba nunca de tu mente,
del tierno jóven por su parte ansiando
tornar á ver á su pulida novia,
vino de embajador extraordinario...

MARÍA. (¡Cielos!)

LUIS. Hoy mismo á reclamar mi apoyo
á fin de concluir pronto...

MARÍA. ¿Un tratado?

LUIS. No; un casamiento.

MARÍA. ¿Y vos?

LUIS. Yo consentia
con mil amores; mas, ya digo, es falso.
¡Qué lástima!

MARÍA. Señor...

LUIS. ¿Qué dices?

MARÍA. ¿Luego
ya sabeis...?

LUIS. ¿Yo saber? Muy al contrario:
todo lo ignoro.

MARÍA. ¿Pero de qué suerte...?
¿Quién de nuestra pasion pudo informaros?

LUIS. ¿A mí? Ninguno. Si es una novela:
tú no tienes amante, ni pensarlo.
Hablemos de otro asunto.

MARÍA. Perdonadme.
si temerosa respeté un arcano.

LUIS. ¡Ah! No eres franca. Tú de mí te ocultas.
Pues yo me vengaré.

MARÍA. ¡Gran Dios! ¡Vengaros!

(Atemorizada)
Piedad, piedad; miradme de rodillas.
(Se arrodilla.)
¿Pero quién es el delator villano
que osó...?

LUIS. ¿Quién ha de ser? Tu mismo padre.
(Cogiéndola de las manos y riéndose.)

MARÍA. ¿Mi padre os dijo...?

LUIS. El nombre de tu amado.

MARÍA. ¿Su nombre?

LUIS. Sí, su nombre verdadero.

MARÍA. ¿Y vos le perdonais?

LUIS. ¿Puedes dudarlo?

MARÍA ¿A Nemur? (Enajenada de alegria.)

LUIS. (¡Es Nemur!) (Levantándose.)

MARÍA. Qué sagazmente
os juzgaba mi padre de antemano
al amparar de un huérfano la infancia.

LUIS. ¡El buen Comines! Su prudencia alabo.
¿Y él fué en efecto...?

MARÍA. Quien salvó la vida
de Nemur, y tambien á su cuidado
debió la educacion.

LUIS. ¡Hombre excelente!

MARÍA. Entonces nos quisimos como hermanos,
y para consolar sus infortunios,
yo le pintaba un porvenir más grato.

LUIS. ¿Y Comines tambien con la esperanza,
del mismo porvenir lisonjeado,
quiso á los Darmañaques enlazarte?
De tan benigno padre no lo extraño.

MARÍA. ¡Oh dulce instante! Con que voy á verle,
voy á enjugar su desabrido llanto,
á ser...

LUIS. No le verás.

MARÍA. ¿Por qué motivo?
¿Pues qué, si le encontrase por acaso...?

LUIS. ¿Por acaso?

MARÍA. Mal dije; ya no debo

ningun designio mio disfrazaros:
me escribió dos palabras, y esperarle
prometí. Bien sabeis; los desdichados
se asustan fácilmente; si viniera
y aquí no me encontrase, algun engaño
de mí sospecharia.

LUIS. Ya lo veo:
fuera cruel hallarse chasqueado.
¡Pobre Nemur! Escúchame, querida.
Él piensa, ya se ve, que le guardaron
el secreto, y que nadie le conoce;
todavía el momento deseado
no llegó de probarle que se engaña;
aunque á nuestro pesar disimulamos
tu padre y yo, lo hacemos por razones
poderosas. Si quieres más temprano
de lo justo avisarle, para siempre
le perderás.

MARÍA. Me callaré.

LUIS. Cuidado.
Mira que me lo ofreces, y delante
de la Vírgen María, objeto santo
de tu veneracion, la que en las aras
los enlaces bendice afortunados.
Ya me entiendes; no tengas un descuido

MARÍA. Os juro enmudecer.

LUIS. No es necesario
ya más. Dios recibió tu juramento.
(¡Nemur! Para que espire el desgraciado
basta con que yo diga una palabra:
y la debo decir. Voy á pensarlo.)
Tritan. (Llamándole.) Adios: te dejo en este sitio,
hija querida, no me des mal pago (A María.)

ESCENA V.

MARÍA.

MARÍA. ¡Ah! Bendiga el Señor tanta clemencia.
Pero este gozo inmenso, inesperado,

que me enternece, que me oprime y quiere
comunicarse á otra, rebosando
está en mi corazon; ¿y se le debo
encubrir á Nemur? Sí, que si hablo
soy sacrílega. ¡Oh Madre de Dios pura,
cuyo nombre me guarda! Vos, mi amparo
en todas mis angustias y aflicciones,
contened el impulso temerario
de mi alegria: haced mis ojos mudos,
no dejeis que se escape de mis labios
una revelacion que ya á su borde
se asoma, con mi voz muera el arcano.
Tiemblo, me rio, lloro; ¡oh cuán dichosa
soy! Pero ya se acerca apresurado.

ESCENA VI.

MARÍA y NEMUR.

MARÍA. ¡Nemur!
NEMUR. ¡María! Soy yo.
¡Por fin os halla mi anhelo!
MARÍA. Y bajo el hermoso cielo
de vuestra pátria.
NEMUR. ¡Me vió
padecer tanto!
MARÍA. Esperad.
NEMUR. ¿Si á morir á vuestro lado
me habrá mi estrella guiado?
MARÍA. Ese temor desechad.
Yo sé bien, estoy segura...
¡Ay de mí! Nada sé, nada;
mas espero confiada
una próxima ventura.
La esperanza como un sueño
á mis ojos resplandece,
y sólo dichas me ofrece
para vos.
NEMUR. ¡Amado dueño!

¡Cada vez mi adversidad
os halla más amorosa,
y cada vez más hermosa!

MARIA. ¿Es verdad?

NEMUR. ¡Y tan verdad!

MARÍA. Decidme, lejos de mí,
¿sentísteis algun vacío,
noble caballero mio?
Porque lo sois, ¿no es así?

NEMUR. ¿Quién olvidaros podria?

MARÍA. Cuando yo suertes echaba
para saber si me amaba
Nemur, siempre me caia
el naipe feliz.

NEMUR. Movido
por la voz que estoy oyendo,
á mí propio no me entiendo
y echo mi saña en olvido.
¡Ah! Dejadme conservar
un furor que he menester.

MARÍA. ¿Quién piensa en aborrecer
siendo tan sabroso amar?

NEMUR. ¿Quién piensa?...

MARÍA. El que vuestro labio
iba á nombrar, por ventura
trueca el rigor en blandura
y enmendar quiere el agravio.
Pronto...

NEMUR. ¿Qué?

MARÍA. Todo es posible;
soy feliz, todo lo espero,
y ningun funesto agüero,
ninguna imágen terrible
pudieran hoy contrastar
mi esperanza deliciosa;
ni á vos puedo yo otra cosa
que dichas pronosticar.

NEMUR. ¡Ay!

MARÍA. ¿Os acordais, amigo,

de aquel dia tan risueño
que de nuestro dulce empeño
fué silencioso testigo?
Cuando mi pasion cobarde
oyó de vos con temor
que vuestro afecto era amor.

NEMUR. ¡Oh Dios!

MARÍA. Era por la tarde.

NEMUR. En un lugar solitario;
junto á una cruz.

MARÍA. Yo bajaba
los ojos, y repasaba
las cuentas de mi rosario.
¡Sin embargo, bien oía!

NEMUR. A la orilla del camino
un viejo llorando vino,
y lismosna nos pedia.

MARÍA. Nuestro auxilio recibió,
y que seria, me dijo,
yo...

NEMUR. Mi gloria y regocijo;
mi esposa.

MARÍA. ¡No lo olvidó!

NEMUR. Para vos mi antigua herencia
esperaba recobrar,
y á mi vuelta en su lugar
solo encuentro la indigencia.
No soy más que un desterrado,
en mi patria forastero,
y de mi esplendor primero
por la fuerza despojado.
Al atravesar la Francia
visité los torreones
que adornados de blasones
fueron cuna de mi infancia.
Un cañaveral gemia
de sus almenas al pié:
¡cuántas veces medité
al estrépito que hacia!

Bajo las hayas espesas
que mis abuelos plantaron
y con hierro destrozaron
manos rústicas y aviesas.
Mi solar abandonado
se desmorona y perece;
y en sus patios obscurece
ya la yerba el enlosado.
Las zarzas y los espinos
cierran las piadosas puertas,
que siempre hallaron abiertas
los pobres y peregrinos.
El retrato de mi padre
arrancado del salon
estaba allí en un rincon
donde el agua le taladre.
Ninguno de los criados
que su pan alimentó
al hijo reconoció,
dueño de tantos estados:
solamente un perro viejo
que en una cuadra yacía,
y moverse no podia,
sacudió con gran festejo
la cola al verme, y alzó
la cabeza á saludarme,
y con la lengua halagarme,
hecho lo cual espiró.

MARÍA. Sin embargo, si el anciano,
cuya gran necesidad
socorrimos, la verdad
hubiera dicho, y ufano
en vuestro feudo algun dia
viéseis á los labradores
bendecir á sus señores,
y de la guirnalda mia,
ó el ramillete nupcial
repetirse los despojos,
aliviando sus enojos

nuestra mano liberal;
¡si, en fin, vos y yo postrados
en esa misma capilla
por la Vírgen sin mancilla
nos viéramos enlazados!

NEMUR. ¡Oh encanto de mis sentidos,
cuya imágen placentera
quizá por la vez postrera
veo! ¡Nosotros unidos!
¿Qué decís? Bajo esas naves
¡ojalá mi desposada
al pié de mi tumba helada
no llore sus penas graves!
Una voz, por cuyo acento
mis acciones determino,
me revela mi destino;
es la muerte, ya la siento.
Sí, pronto reposaré
en ese lugar sagrado,
ó en el fúnebre cercado
que algo más allá se ve.

MARÍA. ¿Vos, Nemur? ¿Qué proferís?
Jamás el suelo nativo
será para vos nocivo:
no temais este país.
Sabed que vuestros derechos,
vuestros bienes... ¡Vírgen santa!
oprimid en mi garganta
la voz con nudos estrechos.
¡Yo causar su perdicion!
¡Yo que por él moriria!

NEMUR. ¿Pues qué? Sacadme, María,
de tamaña confusion.

MARÍA.. ¡Ah! No lo puedo decir.
Separémonos, amigo;
para salvaros conmigo
dejadme de vos huir.
Si os descubriera turbada
tan peligrosa verdad,

pronto... ¡Esperad, esperad!
Ya vienen. No he dicho nada.
(Volviéndose hácia la capilla.)

ESCENA VII.

LUIS, NEMUR, SAN FRANCISCO DE PAULA, OLIVEROS, TRISTAN, EL CARDENAL DE ALBI, DON MARTIN, SACERDOTES, CABALLEROS FRANCESES y BORGOÑONES.

NEMUR. ¡Qué facilmente se cree
(En la delantera del tablado.)
aquello que se desea!
Mas la infeliz se alucina,
y algun error la consuela.

LUIS. Aquí espiran los rencores
y hace alarde de clemencia,
un Rey postrado ante vos,
padre mio, con sincera
piedad la cruz adorando
de aquel Dios que murió en ella
por nosotros. ¿Quién podria
no perdonar sus ofensas
despues de tal sacrificio?
Hace poco á mi presencia
vino el conde de Retél
á pedirme que le hiciera
justicia, y aunque su encargo
desempeñó dando muestras
más de vasallo rebelde
que de fiel á mi diadema.
prefiero el bien de mis pueblos
á una venganza sangrienta.
Firmé pues este solemne
pacto de alianza estrecha,
y os le entrego con el fin (A San Francisco.)
de que más sagrado sea
despues de haberle jurado
ambos en las manos vuestras.

S. FRAN. Hijo mio, soy sencillo,
corto de talento y ciencia,
vivo lejos de las cortes;
mas las cabañas y aldeas
me enseñaron con su luto
que las famosas empresas
cuestan más á los vasallos
que á los reyes aprovechan.
Dios inspira al que desnudo
de animosidad fomenta
la union de todos los hijos
de la humana descendencia.
Ni ve más que un firme lazo
en su autoridad suprema;
y en la humanidad un pueblo
cuyo bien se le encomienda.
Reyes, es vuestro deber;
y nosotros, de la iglesia
ministros, ¡ah! no lo somos
para promover la guerra
entre los hombres, sino
la paz y la union más tierna.
Venid, pues, á reuniros
de corazon y de lengua,
por el mútuo juramento
que bendecirá mi diestra.
Los árbitros soberanos
de los pactos de la tierra,
á sí mismos son traidores
si faltan á sus promesas;
y el dia final del mundo,
cuando llame la trompeta
á juicio, verán escritas
en el gran libro de cuenta,
al pié de su juramento,
su falsedad y bajeza.

NEMUR. Dios, que penetra en las almas,
mis expresiones entienda:
hablo por otro, y él es

el que su palabra empeña,
quien se da por satisfecho
de las pasadas ofensas,
y jura ante Dios eterno
olvidar todas sus quejas.

LUIS. Cierto; el conde de Retél,
sin ligar su fé, pudiera
pronunciar el juramento
solemne que se contenta
con trasmitir. Sin embargo,
le acepto, y en recompensa
sólo á Cárlos de Borgoña,
á quien juzgo en mi presencia,
obligo aquí mi palabra.
De él sólo quiero se entienda
que olvido cualquier injuria;
y de mi intencion en prueba
á él juro ante Dios eterno...

ESCENA VIII.

DICHOS, EL DELFIN, BODRICUR y TORSI.

DELFIN. ¡Padre! (Apresurado.)

LUIS. ¿Qué? ¡Sin mi licencia!

DELFIN. Es un mensaje importante;
perdonadme que me atreva
á entrar... Pero la alegría...
En este momento llega.
Ya, Cárlos, vuestro enemigo...

LUIS. ¡Mi enemigo! ¿Quién tal piensa?
¡Cárlos, mi fiel aliado,
mi hermano!

DELFIN. El Señor os venga:
ha sido vencido.

LUIS. ¡Cómo!

DELFIN. Vencido en campal refriega
delante de Nancy.

NEMUR. ¿El duque?

LUIS. ¿Pero estáis seguro de esa
derrota?

DELFIN. Varios señores
han recibido la nueva:
uno de sus generales
le ha vendido.

LUIS. ¡Qué vileza!

NEMUR. Falsos rumores que pronto
una victoria completa
desvanecerá sin duda.
Cárlos...

DELFIN. Ha muerto.

LUIS. ¿La prueba?

DELFIN. Aquí está, señor, leed.
(Entregándole unos pliegos.)

NEMUR. Se engañan los que lo crean;
y yo, conde de Retél,
sostengo contra cualquiera
que es una noticia falsa.

LUIS. Duque de Nemur, es cierta.

NEMUR. (¡Nemur! Conocido soy,
mas no mostraré flaqueza.)

LUIS. Es tanta verdad, perjuro,
como en tí son manifiestas
la impostura y la traicion,
que te hacen reo de lesa
majestad contra tu Dios
y tu Rey en cielo y tierra;
pues á los dos has mentido,
ante los dos te presentas
fingiendo título y nombre,
ocultando tus siniestras
intenciones; mas de tí
se burló la providencia.
Que le echen mano.

NEMUR. Ay de aquel
(Sacando la espada.)
temerario que lo emprenda.
¡Ha de Borgoña! (A los caballeros borgoñones.)

LUIS. ¡Ha de Francia!
(A los caballeros franceses.)
S. FRAN. Deteneos, almas fieras,
(Cogiendo la cruz de las manos de un clérigo y arrojándose en medio de los dos partidos.)
en nombre de Dios á quien
insulta vuestra soberbia.
NEMUR. El furor me enajenaba:
(Bajando su espada, así como los demás de su séquito, que inclinan el rostro y permanecen inmóviles.)
en tan desigual contienda
estos valientes guerreros
sin salvarme perecieran.
Ceded pues, amigos mios:
si la noticia es incierta
y Cárlos triunfa, el terror
de su nombre y sus proezas
bastan para defenderme.
Si ya no existe, aunque muera
yo tambien no importa nada,
con tal que solo perezca.
Para llegar hasta aquí
(Al Rey, arrojando la espada á sus piés.)
fué menester que fingiera
imitando tus dobleces;
fingí, pues, aunque por fuerza.
En cuanto á mis intenciones,
solo, fueran las que fueran,
debo responder á Dios.
Por lo demás, ¿á qué esperas?
De mi padre á los verdugos
arroja segunda presa;
ven á recrearte en verlo;
mas sentirás una pena:
si, no tengo ningun hijo,
ningun amigo á quien puedas
obligar á recibir
mi sangre cuando la viertas.
LUIS. Al instante, que le juzguen,

(Haciendo seña á Tristan de llevarse á Nemur.)
que me traigan la sentencia,
y mañana lo demás.

ESCENA IX.

DICHOS menos NEMUR, TRISTAN y los BORGOÑONES.

S. FRAN. Señor, tu enojo refrena.
LUIS. ¿Por qué no se contentó
con insultarme? Le hubiera
ciertamente perdonado.
¡Mas yo, apoyo de la iglesia,
su primogénito hijo,
mostrar ninguna indulgencia
con un sacrílego, el cual
ni vuestras canas respeta!
Eso no, yo os vengaré,
ó sabrá la Francia entera
que al Cristianísimo Rey
nada de cristiano queda.
S. FRAN. ¿Podré consolarle al menos?
LUIS. ¿Consolarle? Enhorabuena;
cuanto más grave es su culpa,
tanto mayor asistencia
le debe la caridad:
haced pues que se arrepienta,
y salve su alma.
S. FRAN. Y vos,
¿no pensareis en la vuestra?

ESCENA X.

DICHOS menos SAN FRANCISCO; Luis acompaña con la vista á San Francisco hasta que se aleja, y luego exclama arrebatado de alegría, pero en voz baja.

LUIS. ¡Cierra Francia, san Dionís!
Calcémonos las espuelas,

caballeros, y corramos
los azares de la guerra.
Á Borgoña, Rodricur,
con quinientas lanzas vuela:
tú á caer sobre Perona,
Torsi: tú baja la diestra,
generoso Danmartin,
y que Flandes Francia sea
en dos meses por tus hechos.
Golpe firme á los que quieran
resistir; puente de plata
al infame que se venda.
Esta noche, Cardenal, (Al cardenal de Albi.)
escribireis cuatro letras
á Roma, que me adjudique
el Santo Padre la herencia:
más tomémosla primero
nosotros, así se espera
mejor; y lo que se agarra,
si acomoda, no se suelta.
Ánimo pues, capitanes.
(En voz alta, y volviéndose al concurso.)
el botin está á la puerta;
feudos habrá para todos,
que los gane el que los quiera.
Ha muerto como valiente
mi primo Cárlos, lo era;
mientras vivió no fué grande
nuestra concordia; mas cesa
todo rencor en la muerte,
vestirse de luto es fuerza;
la córte lo hará, y conmigo
asistirá á sus exequias.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El cuarto del rey: dos puertas á los costados: un reclinatorio para hacer oracion, y encima una cruz colgada de la pared. Una ventana con reja: cortinas á medio correr que ocultan un lecho colocado en una alcoba. Una chimenea con fuego.

ESCENA PRIMERA.

NEMUR y COTIE.

COTIE. Nemur, un antiguo amigo
esta dicha merecia;
pues abrazaros consigo,
de las quejas me desdigo
que á los cielos dirigia.
NEMUR. ¡Buen Cotie!
COTIE. De tres hermanos,
él solo en el mundo queda.
Mis ojos le ven ufanos,
como que nació en mis manos.
¡Bien á su padre remeda!
NEMUR. Á mi padre semejante
soy en todo, y lo seré
en la suerte.
COTIE. Dios mediante,
saldrás de todo triunfante:
¡vivirás, por vida de...!
Perdonad este arrebato,
señor, vuestro pan comí,
y no puedo ser ingrato.
NEMUR. ¡Fiel amigo!
COTIE. Solo trato
de acreditar que lo fuí,

y lo seré mientras viva.
No perdamos el valor.

NEMUR. ¡Qué agradable perspectiva!
Rejas abajo y arriba,
cerrojos alrededor.
Este es otro calabozo.

COTIE. Es del Rey el aposento.

NEMUR. ¡Esta caverna! ¡Este pozo!

COTIE. Aquí no penetra el gozo:
considerad su ornamento.
Un crucifijo, un misal,
reliquias para poner
debajo del cabezal,
y aquel enorme puñal (Enseñándosele.)
que no se atreve á cojer.
Esa gruesa colgadura
que mal guarda su persona,
aunque descansar procura,
y contra la tapia dura
temeroso se arrincona.
Pues si al cabo se adormece,
tan lejos de que se borre
la idea que le extremece,
un negro brazo aparece
y las cortinas descorre.
El cual luego con furor
le oprime por todos lados,
y ese lecho de dolor
es, Nemur, el vengador
de muchos desventurados.
Pronto le vereis aquí.

NEMUR. ¿Al Rey?

COTIE. Dentro de una hora;
quiere hablaros.

NEMUR. ¿Él á mí?

COTIE. Cierto.

NEMUR. ¿Cómo? ¿Á solas?

COTIE. ¡Sí...!
Con la escolta ladradora

de escoceses que do quiera
lleva siempre de trahilla.
Y á fé que nada perdiera
en que se quedase fuera,
pues solo por maravilla
pudiera Tristan dejaros
venir con arma ninguna.
¡Qué modo de registraros!
Y tras esto preguntaros:
¿llevais escondida alguna?

NEMUR. Pienso que ganó la palma
de su oficio. ¡Qué paciencia
para atormentar! ¡Qué calma!

COTIE. Es carcelero en el alma,
y verdugo por esencia.
Que me tragaba creí
cuando el mandato leyó
del Rey mismo, que le dí,
para sacaros de allí.
¡Cuántas veces repasó
la firma con rostro avieso,
y de furor amarillo,
ladrando como un sabueso
á quien le quitan un hueso
enseñándole un cuchillo!

NEMUR. ¡Hablarme en este lugar!

COTIE. Por oculto le prefiere
cuando tiene que tratar
sobre algun particular
que gran secreto requiere.
Además, siempre acosado
de febril escalofrio,
mal hubiera soportado
vuestro calabozo helado
y su horror mudo y sombrío.

NEMUR. Pero de mí, ¿qué desea
el Rey?

COTIE. Antes que os declare
él mismo cuál es su idea,

ha resuelto que yo sea
quien os avise y prepare.

NEMUR. ¿Y se sabe finalmente
quién pudo hacerme traicion?

COTIE. Comines está inocente,
y lo prueba claramente
del amo la indignacion.
¡Cuerpo de Dios, cuál le puso!

NEMUR. ¿Pero le dió algun castigo? (Con viveza.)

COTIE. De palabra se le impuso,
y el pobre estaba confuso;
mas pronto será su amigo.
Fácilmente perdonamos
á los que falta nos hacen,
y aunque sus yerros sintamos,
al cabo los olvidamos
si de nuevo nos complacen.

NEMUR. ¡Yo complacer á esa hiena!

COTIE. Tiene tanto su persona
de mala ccmo de buena;
si temerario condena,
sin gran esfuerzo perdona.

NEMUR. ¿Quién? ¡Él!

COTIE. Debo conocerle.
En el dolor no hay engaño:
cuando habla puedo creerle;
y por el placer de hacerle
pocos hombres hacen daño.
Ninguno sino Tristan.
El interés en la tierra
produce todo desman;
por él los hombres están
siempre en estado de guerra.
Cuando supe vuestra suerte
á ver al amo corrí;
fué su resistencia fuerte,
y estaba ya vuestra muerte
resuelta, á no ser por mí.
Pero del dolor se espanta

y cede al impulso ajeno
si aquel su vigor quebranta.
¡Pobre de vuestra garganta
si él hubiera estado bueno!
Yo sé cuando así le cojo
poner el dedo en la herida
y domesticar su enojo:
es la Borgoña el antojo
más constante de su vida.
Hoy la quiere, como quiere
todas las cosas un viejo;
y como aquel que se muere
es imposible que espere,
con saludable consejo
dije que Nemur podia
facilitar esta empresa.

NEMUR. ¡Yo!

COTIE. Soy médico, debia
obrar á mi fantasía;
ni de lo dicho me pesa.

NEMUR. ¡Mayores son mis cuidados!

COTIE. Vos del aura popular
disfrutais; los magistrados
os aman y los soldados;
podeis con ellos contar.
Las fortalezas guardadas
están por amigos vuestros;
de sus puertas obtinadas,
inútilmente cercadas
por los ejércitos nuestros,
vos con promesas y dones
las llaves podeis lograr;
vos en las congregaciones
y juntas, los corazones
de todos sabeis ganar.
Serán acaso fatales,
estos recursos y medios,
yo mismo los juzgo tales;
pero en fin, los grandes males

exigen grandes remedios.
Así que, si obedeceis,
de tan peligrosa lid
triunfante y vivo saldreis,
si no contaros podeis
por muerto. He dicho: elegid.

NEMUR. ¡Yo de mi buen soberano
despojar á la heredera!
¡Sacrificarla villano
á mi verdugo inhumano,
al de mi familia entera!

COTIE. Condesciende por piedad,
Nemur, noble dueño mio;
si es un yerro, una maldad,
yo tomare la mitad
del cargo y baldon impio.
Así mi boca gustó
aquella amarga bebida
que la tuya rehusó
cuando te la presentó
una madre tan querida.
Ni cediste aun que lloraba,
hasta verme á mí probar
lo que tanto horror te daba,
la vida en el fondo estaba,
y allí la fuiste á buscar.
Entonces yo te salvé;
deja que te salve ahora,
que mi incontrastable fé
vida y derechos te dé:
tu indulto mi voz implora.
Cede á tu antiguo criado,
aquel que á la cabecera
de tu lecho reclinado
mil veces, hijo adorado,
te llamó con fé sincera.
Sí, hijo mio, sí; yo soy
el que te pide tu vida,
la mia; á tus piés estoy:

hoy me puedes pagar, hoy,
tanta deuda envejecida.

NEMUR. Eso no; ¡morir primero!

COTIE. ¿Tal dices?

NEMUR. Y si varío,
castígeme Dios severo.

COTIE. Mira, ¿ves este agujero?
(Abriendo la puerta de su cuarto.)
Este es el asilo mio.
¿Mas presumes por ventura
que del interés llevado,
yo sin prenda muy segura,
me hubiera en su sepultura
con esa momia enterrado?
No por cierto, si no hubiera
el tirano consentido
en que siempre que quisiera
entrar y salir pudiera
por este paso escondido.
En aquel conflicto grave
cedió. Recibe de mí
esta apetecida llave.
Un consuelo tan suave
ni al recibirla sentí.
Esta fué mi libertad,
y es la tuya.

NEMUR. Mas sería
exponeros mi amistad,
y toda la tempestad
sobre vos descargaria.

COTIE. Me burlo del mónstruo fiero
estando tan enfermizo.
Toma esta luz, este acero; (Dándole el puñal.)
baja por aquí; primero
hallarás un pasadizo
oscuro y embovedado,
despues una puerta, el cielo,
los campos, y el más preciado
y bello don, hijo amado,

¡la libertad!

NEMUR. Nada anhelo,
pues consigo este puñal.

COTIE. Adios, Nemur; voy á ver (Abrazándole)
si detengo en el umbral
á tu enemigo mortal.
Huye hasta más no poder.

ESCENA II.

NEMUR cierra el cuarto de COTIE, y vuelve al frente de la escena.

NEMUR. ¿Huir? ¡Ah! No lo esperes. Ni deseo
la libertad, pues tengo la venganza
en mis manos. ¡Ya triunfo! Ya poseo
el auxilio fatal de mi esperanza.
¡Dios implacable! Tú pusiste al reo
en mi poder. El anatema lanza,
haz que mi brazo con furor le hiera,
que á mis piés caiga, se revuelque y muera.
(Dando un paso hácia el lecho)
Allí, sí, padre, vos y mis hermanos
las cortinas corred para esconderme:
con ellas impedid, y vuestras manos,
que aduladores Argos puedan verme;
perezca el más feroz de los tiranos
cosido á puñaladas mientras duerme;
y si por cada golpe me dan ciento
despues, no importa, moriré contento.
¡Qué sepulcral silencio! Borrascoso
el corazon de rebullir no cesa.
¡Sin duda será un júbilo horroroso
el de un verdugo al aferrar su presa!
Esta dicha me espera, este reposo
cuando corone la funesta empresa.
¿Y no puede trocarse mi destino?
¡Gran valor necesita un asesino!
¿Y él no lo fué? Que sufra, padre amado,
mal por mal, y tormento por tormento.

Dénme sus ayes pasto regalado,
como los tuyos fueron su alimento.
En tu sangre por él estoy bañado;
tu sangre es la que corre, yo la siento
caer sobre mi frente, y congelada
esperar... Ya no debe esperar nada
Es menester que de matarle acabe
mi mano, aunque le encuentre moribundo:
ese sueño que ya coger no sabe,
yo se le ofrezco de esta vez profundo;
sin pesadilla, sin recuerdo grave
que le atormente, y cuando en este mundo
presuma estar, cediendo á mi violencia
despertará de Dios en la presencia.
Más alguien viene.
(Se esconde precipitadamente detrás de las cortinas.)

ESCENA III.

LUIS, COTIE, COMINES, MARÍA, TRISTAN, ESCOCESES, y acompañamiento del Rey.

COTIE. ¿Por qué
tan pronto, señor, volveros?
El aire puro os haria
ciertamente gran provecho.
LUIS. ¡Qué noche tan espantosa!
¡Qué encapotado está el cielo!
¡Ay de mí! Tiemblo de frio.
(A Cotie, en voz baja, señalando su cuarto.)
¿Ya estará Nemur ahí dentro,
es verdad?
COTIE. Y qué, ¿teneis
dolores?
LUIS. En todo el cuerpo.
COTIE. ¿Pero desde cuando?
LUIS. Siempre.
Ni un solo instante sosiego;
el aire libre me hiela,

ó me abruma con su peso.
¡Qué angustia! ¡Siempre lo mismo,
sin hallar ningun consuelo!
¿Pero qué dijo Nemur?

COTIE. Calentaos. (Llevándole á la chimenea.)

LUIS. ¡Qué buen fuego! (Con alegría.)
Ni el sol es tan agradable.

MARÍA. Aquí teneis un asiento. (Poniéndole un sillon.)

LUIS. Este calor es la vida.

MARÍA. Rezando en el monasterio
y ayunando están, á fin
de que os mejoreis muy presto,
y antes de las oraciones
caiga ese maldito cierzo.

LUIS. ¡Cuánto se alegra mi vista
(Calentándose, á María.)
con ese rostro tan bello.
y esa juvenil frescura!
Ea, basta de pucheros;
un mimito, una sonrisa.

COMIN. Haz, por Dios, algun esfuerzo,
(En voz baja á su hija.)
hija; sonríete.

MARÍA. Bien (Llorando.)
quisiera, pero no puedo.
¡Para risas estoy yo!

LUIS. ¡Calla! ¿Lágrimas tenemos?
No, por Dios, no me entristezcas.
O calma tu sentimiento,
ó vete.

MARÍA. Señor...

LUIS. De todo
está en mi mano el remedio.

MARÍA. ¿Es posible?

LUIS. Sí, hija mia;
con tal que tu caballero...

COTIE. ¡Ved qué alegre está la llama,
cuál chispea!

LUIS. Su ardor siento

que penetra mis vestidos
y se introduce en mis huesos.
Con todo estoy tiritando.

COTIE. Seguid, pues, nuestro consejo;
desnudaos.

LUIS. No, Cotie:
esta noche misma quiero
ver al Santo, y sobre todo
á Nemur. Vé tú coriendo (A Tristan.)
á buscarle.

TRIST. Ya no está
bajo mi custodia.

LUIS. Es cierto.
Le puse bajo la tuya. (A Cotie.)

TRIST. Y á fé que me pesa de ello;
pues una vez comenzado,
hubiera tenido empeño
en terminar este asunto.

MARÍA. ¡No veis que tigre! (A Comines en voz baja.)

COMIN. ¡Silencio! (Id.)

LUIS. Tú estabas pues encargado (A Cotie.)
de conducirle á este puesto.

COTIE. No le conduje, porque
no pude por ningun medio
triunfar de su obstinacion.

LUIS. Yo hubiera podido hacerlo.

COTIE. No hubierais podido.

LUIS. ¡No!

COTIE. De vuestro enojo soberbio
se hubiere burlado, y ya
no existiera.

LUIS. Santo y bueno.

COTIE. Y existe, y yo le he salvado.

LUIS. ¡Le has salvado!

MARÍA. ¡Dios Eterno!

COTIE. Ya no le dareis alcance:
cuando el acompañamiento
que trajo salió de aquí
para volverse á su reino,

vuestro cautivo, mezclado
con los demás caballeros,
pasó el puente levadizo,
tan solo con este objeto
bajado por órden vuestra.
Está pues libre de riesgo,
gracias á mí.

LUIS. ¡Desdichado!
¿Y no temes los efectos
de mi venganza? ¿ Mas qué,
de tu eficacia y tu celo
tambien se burló, Tristan?
¿Todos me vendeis á un tienpo?
¿Qué camino tomaria?
¿En dónde le buscaremos?
Corre, amigo, corre, vuela; (A Tristan.)
pongo su cabeza á precio.
¿Te estás así todavía?

TRIST. Mas de noche, no teniendo
indicios...

LUIS. Es menester
traérmele vivo ó muerto.

MARÍA. ¡Ah! Señor, piedad; por mí
que os descubrí su secreto;
por mí, que fuí de su daño
el inocente instrumento.
¡Ah! Dios os castigaria.
Sí, perdon: Dios justiciero
os oye; que su bondad
en vuestro postrer momento
atienda á vuestras plegarias
como atendeis á mi ruego.
Perdon.

LUIS. Llévatela pronto. (A Comines.)

COMIN. Ven, hija. (Llevándose á su hija.)

LUIS. Y ese perverso,
(Señalando á Cotie.)
mañana...

COTIE. Mejor es hoy.

Quitadme la vida, y luego
buscad otro que os liberte
de vuestros males. Apuesto
que dentro de quince dias
habitais un mausoleo.

LUIS. Pues bien, moriré. No importa.
Pero juro... pero quiero...
pero... despejad. Tú no. (A Cotie, con rabia.)
Soy desdichado en extremo.
(Echándose en un sillon. Vánse todos menos Cotie.)

ESCENA IV.

LUIS y COTIE.

LUIS. No pienses que has de librarte
del castigo más horrendo;
no, malvado; tú eres solo
la causa de mis tormentos.
A insultarme sin cesar
te anima su mismo exceso,
mas yo te anonadaré.

COTIE. Lo habeis dicho con efecto.
¿Por qué no lo haceis, señor? (Con frialdad.)

LUIS. Ciertamente quiero hacerlo.
Tu falsa sabiduría
no engaña sino á los necios,
de tu habilidad me rio:
tu asistencia, tus desvelos,
¿de qué me sirven? De nada:
me puedo pasar sin ellos,
y lo mismo viviré.
Sí, viviré, porque quiero,
y basta mi voluntad
para que viva. Lo creo,
estoy seguro.

COTIE. Sin duda.
Mas si teneis un remedio
de tanta virtud, ¿por qué

no aventurais el suceso?
LUIS. Lo haré, traidor; y además
el Santo, que vendrá luego,
sabrá reparar mis fuerzas
y los etragos del tiempo.
Con decir una palabra
sano me pondrá; su aliento
se llevará mis dolores.
COTIE. Corriente. Que venga presto.
LUIS. Y tú entre tanto cautivo
en una jaula de hierro,
del aire y la luz privado,
rabioso, encorvado el cuerpo
dentro de una red de alambre,
verás cómo te desprecio,
y delante de tus verjas
remozado me paseo.
COTIE. Está bien.
LUIS. Ya lo verás.
COTIE. Estoy convencido de eso.
LUIS. ¡Falso amigo! ¿Me encontraste
poco generoso y bueno
para tí? Confiesa que eres
un ingrato.
COTIE. Por no serlo
salvé á Nemur.
LUIS. ¡Al infame
asesino de tu dueño,
al que vengarse queria
en mí...!
COTIE. Como caballero,
no cobarde asesinando,
sino atrevido riñendo.
A su desgraciado padre
debí cuanto valgo y tengo,
y sus pasados favores
agradecido recuerdo.
LUIS. ¿Y no te obligan los mios,
que son presentes? ¡Artero

engañas á tu señor,
que no se vió satisfecho
hasta colmarte de bienes!
¡Con cuántas honras y premios
no te pagó tus servicios!
Si es oro, con él te lleno
las manos todos los dias,
y te agovio con su peso.
Doy sin contar como suelen
prometer los avarientos.
¿Pues qué más hizo Nemur
para cautivar tu afecto?

COTIE. ¿Qué más hizo? Me queria.
Pero vos, ¿con qué derecho
podeis exigir, de mí
igual agradecimiento?
Hablemos ya sin rebozo,
pues ambos nos conocemos.
Yo tomo por interés
lo que vos me dais de miedo.
En prolongar vuestra vida,
parte de la mia empleo,
y sacrifico una parte
para disfrutar del resto.
Yo vendo lo mio, y vos
me pagais: es un comercio
en el cual nadie es ingrato,
pues no se trata de afectos.
A un criado se le paga,
y lo mismo á un palaciego;
pero un amigo, señor,
no se compra con dinero.
Es necesario quererle;
y aunque no reciba en premio
del ansia con que procura
serviros y complaceros
más que una mirada tierna,
ó leve señal de aprecio,
una palabra que salga

del corazon, será vuestro,
y debeis contar con él
en todos vuestros empeños,
porque os ama, y no se vende;
y solo cuando protervo
os abandona, podreis
decirle con fundamento:
«¡Ingrato! ¡Me has engañado!»

LUIS. Pues no riñamos por eso,
Cotie; yo seré tu amigo,
yo te querré, yo te quiero.

COTIE. Por vuestro interés.

LUIS. No tal;
pues aunque estoy muy enfermo,
el Santo en un par de dias
me pondrá del todo bueno.
Con que te quiero tan solo
por amistad, por afecto,
y nada podrá romper
unos lazos tan estrechos.

ESCENA V.

DICHOS, OLIVEROS y despues SAN FRANCISCO DE PAULA.

OLIVER. Señor, Francisco de Paula
espera el permiso vuestro
para entrar.

LUIS. No le detengas.
Padre, llegais á buen tiempo:
este ingrato me ofendió,
y yo castigo su yerro
perdonándole. Cotie,
(Conduciéndole á su dormitorio.)
vete, amigo, á tu aposento,
y pues hicimos las paces,
duerme sin ningun recelo.
(Cierra la puerta del cuarto de Cotie despues de haber entrado este.)

¡Ah traidor! ¡Si á ser inútil
llegases, yo te prometo...!
(Hace una seña á Oliveros de que se retire.)

ESCENA VI.

SAN FRANCISCO DE PAULA y LUIS.

S. FRAN. ¿Qué me quereis?
LUIS. Un favor
incomparable.
S. FRAN. ¿Cuál es?
LUIS. Padre, tiemblo á vuestros piés
(Arrodillándose)
de esperanza y de temor.
S. FRAN. Levantáos, hijo mio.
LUIS. De este modo he de esperar
la ventura que lograr
por vuestro medio confio,
y besaré por ser ella
tan especial y eminente,
poniendo en tierra mi frente,
de vuestros pasos la huella.
S. FRAN. No postreis con humildad,
para conmigo excesiva,
del Señor la imágen viva
en la humana majestad.
Alzad, príncipe, del suelo.
LUIS. Esperando un bien tan grande,
(Poniéndose de pié.)
¿qué no haré porque se ablande
y me favorezca el cielo?
S. FRAN. Pero de mí ¿qué pedís?
LUIS. Para vos todo es posible.
Vos á la carne insensible
El calor restituís.
S. FRAN. ¡Yo!
LUIS. Vos decís á los muertos
salid de la sepultura;

y á gozar de la luz pura
salen de tierra cubiertos.

S. FRAN. ¡Quién, yo!

LUIS. Vos á nuestros males
mandais que desaparezcan,
y es preciso que obedezcan.

S. FRAN. ¡A mí!

LUIS. Sí. Las celestiales
regiones dan nueva luz
cuando vuestra voz lo ordena:
el mar brama, ó se serena,
si vos os poneis en cruz.
Cuando al rayo turbulento
amenazais al caer,
se le ve retroceder
y volverse al firmamento.
Vos el líquido rocío
encadenais en la altura,
ó á la yerba su frescura
dispensais en el estío.
Vos, en fin, lo podeis todo,
y pues todo lo podeis,
el favor no me negueis
que pretendo: haced de modo
que mi cuerpo envejecido
recobre su lozanía;
casi estoy en la agonía,
volvedme el vigor perdido:
de mi lívido semblante
las facciones animad,
y sus arrugas trocad
en consistencia brillante.
¡Ah! Si los brazos piadosos
para tocarme extendeis,
al punto me librareis
de estos surcos enfadosos.

S. FRAN. ¿Qué me pedís hijo mio?
¿Soy yo acaso igual á Dios?
¿Hacer un jóven de vos

depende de mi albedrio?
¿Cómo presumis que torne
atras la rápida edad,
y con segunda beldad
la primavera os adorne?
¿Ni quién ruegos tan extraños
á los cielos dirigiera?

LUIS. ¡Padre, diez años siquiera!
¡Aseguradme diez años!
Y os colmaré agradecido
de honores y de presentes.
Aquí tengo diferentes
reliquias, mas afligido
de graves enfermedades,
apenas ya me sostengo.
Si por vuestro medio obtengo
estas... veinte navidades,
Roma, que puede espesar
las falanges de los santos
os colocará entre tantos;
¿qué digo? En primer lugar.
Sí, padre, os dedicaré
cien iglesias bien dotadas;
en oro y jaspe engarzadas
vuestras reliquias tendré.
Pero treinta primaveras
son poco para un tesoro
tan grande de incienso y oro;
haced las cosas enteras.
Que la luz restituida
no pierda tan prontamente,
padre, un milagro patente,
la vida, alargad mi vida.

S. FRAN. Dios no deja á discrecion
de los hombres su gobierno;
¿y quereis vos ser eterno
en la comun destruccion?
Si vos quereis, Dios no quiere,
os lo asegura mi lengua:

todo lo que crece, mengua;
todo lo que nace, muere:
de todo el mismo tributo
la naturaleza cobra,
del hombre y su frágil obra,
del árbol y de su fruto.
Cuanto el espacio circunda
produce para la edad,
y para la eternidad
la muerte solo es fecunda.

LUIS. Ya me canso; haz tu deber,
fraile, ejerce en favor mio
tu inaudito poderío;
ó si fuere menester,
á reconocer mis leyes
la fuerza te obligará.
Sí, mi frente ungida está,
soy Rey; debes á los reyes,
á las testas coronadas,
apoyo más decidido
que á tanto oscuro afligido,
que Dios sin tus reiteradas
súplicas no buscaría
desde tanta elevacion
en su polvo.

S. FRAN. Iguales son
ante Dios en gerarquía
los reyes y los vasallos.
Como padre su favor
os debe; pero, señor,
si os intimidan sus fallos,
¿por qué de vuestra conciencia
los clamores no escuchais,
y para el alma implorais
la celestial asistencia?

LUIS. No se debe importunar
á Dios tanto, padre mio;
si al cuerpo vuelve su brio,
el alma puede esperar.

S. FRAN. ¡Ah! Que los remordimientos,
y esa llaga abrasadora
que interiormente os devora,
conducen á pasos lentos
vuestro cuerpo al precipicio.

LUIS. Cien veces los confesores
absolvieron mis errores.

S. FRAN. ¡Oh diabólico artificio!
Cuando pesan sobre vos
treinta años de iniquidades,
con vanas formalidades
¿pensais engañar á Dios?
¡Ah! de nuevo confesad
vuestra afrenta, desdichado,
y la mancha del pecado
con la contriccion lavad.

LUIS. ¿Y sanaré de ese modo?

S. FRAN. Es posible que saneis.

LUIS. ¡Ah! Sí, me lo prometeis.
Os lo voy á decir todo.

S. FRAN. ¿Á mí?

LUIS. Cierto. Á mi real
voluntad no os opongais.

S. FRAN. Pecador, que me llamais
(Se sienta, y el Rey se queda de pié con las manos cruzadas sobre el pecho.)
á este santo tribunal,
hablad pues.

LUIS. Hablar no puedo,
(Despues de haber dicho mentalmente la confesion.)
y enmudecer es peor.

S. FRAN. ¿Qué hicísteis?

LUIS. Mi antecesor
al Delfin cobró tal miedo,
que murió de languidez
y hambre, lleno de pesar.

S. FRAN. ¡Un hijo pudo abreviar
de su padre la vejez!

LUIS. El Delfin era... yo.

S. FRAN. ¡Vos!
LUIS. Mas la flaqueza y descuido
lo hubieran todo perdido,
y era fuerza, una de dos,
que la Francia pereciera,
ó su Rey, que ciego estaba
y todo lo abandonaba
á un privado; de manera
que la razon exigia
de estado, y sus miras altas...
S. FRAN. No disculpeis vuestras faltas,
¡hijo inícuo!
LUIS. Yo tenia
un hermano que tambien,
despues de haberme engañado,
murió...
S. FRAN. ¿Cómo?
LUIS. Envenenado.
S. FRAN. ¡Cielos! ¿Por órden de quién?
LUIS. Todos sospechan que yo...
¡Mas si los que vociferan
esto, en mi poder cayeran...!
S. FRAN. ¿Y es falso?
LUIS. Nadie sino
el espectro, que impaciente
de su sepulcro se lanza,
pudiera de tal venganza
acusarme impunemente.
S. FRAN. ¿Luego fué cierto?
LUIS. Debí
escarmentar la traicion.
S. FRAN. ¿Y piensa tu corazon (Poniéndose de pié.)
excusar su frenesí?
¡Tiembla, perverso, á tu vez!
¡Estremécete, inhumano!
Era yo hasta aquí tu hermano,
ya soy tu severo juez.
Aplanado bajo el peso
de tu culpa abominable,

con un llanto interminable
procura igualar su exceso.
Humilla la cerviz fiera,
y esa frente coronada;
¡húndete, vuelve á la nada,
majestad perecedera!
Del Rey mi rigor se olvida;
juzgo al pecador cual es:
¡pronto, arrójate á mis piés,
arrójate, fratricida!

LUIS. ¡Ah! (Cayendo de rodillas.)

S. FRAN. Arrepiéntete.

LUIS. ¡Sí!

S. FRAN. Y no busques más disculpa.

LUIS. ¡Por mi culpa, por mi culpa!
(Dándose golpes de pecho.)
tened lástima de mí,
¡oh padre.. !
(Arrastrándose hasta donde está San Francisco, y asiéndole del hábito.)

S. FRAN. ¿Te enmendarás?

LUIS. Lo ofrezco, y sin disculparme
quiero ante vos acusarme
de otro crímen.

S. FRAN. ¡Otro más!
(Cayendo de nuevo en la silla.)

LUIS. ¡Nemur...! Revoltoso fué.
Mas su muerte... su atentado
está bien justificado...
pero del cadalso al pié
vertiendo llanto sus hijos...
Tres veces contra su dueño
tomó las armas; su empeño
nos causó males prolijos,
y... su vida al deslizarse
salpicaba la inocencia
de aquellos... Mas la sentencia
no debe desaprobarse;
era justa. (Poniéndose de pié.)

S. FRAN. ¡Calla, insano!
(Haciéndole que se vuelva á arrodillar.)
LUIS. Sí, fuí justo, mas severo.
Que me llamen justiciero...
no, que me llamen tirano.
En el aire el fatal nudo
á mis víctimas ahogó;
en un pozo destrozó
sus carnes el garfio agudo;
las ondas fueron tambien
mi verdugo; fué la tierra
mi carcelero, y encierra
bajo estas murallas cien
desventurados cautivos
en su riñon sepultados,
y que gimen olvidados
por todos.
S. FRAN. Pues están vivos,
pues hay males todavía
que se pueden remediar,
ven.
LUIS. ¿Adonde? (Levantándose.)
S. FRAN. A libertar
á esos presos.
LUIS. ¡No, á fé mia!
El interés lo prohibe.
S. FRAN. Mas la caridad lo ordena.
LUIS. ¿Por hacer una accion buena,
quereis que tal vez me prive
yo mismo de mi corona?
No puedo hacerlo, soy Rey.
S. FRAN. Eres cristiano, y la ley
de Cristo no te perdona
si tú no perdonas.
LUIS. Ya
de todo me arrepentí;
¿qué más exigís de mí?
S. FRAN. Lo que salvarte podrá.
LUIS. ¿No confesé mis delitos

poniendo en vos mi esperanza?
S. FRAN. Hasta ver en tí mudanza,
te están acusando á gritos.
LUIS. La iglesia tiene perdones,
los reyes pueden comprarlos.
S. FRAN. No permite Dios trocarlos
sino por buenas acciones.
LUIS. De derecho se me deben
(Con el acento de la desesperacion.)
por mi extraña desventura,
pues no sé que igual tortura
los más infelices prueben.
De la vida en el ocaso
nada mi dolor modera:
¡ah! si mostraros pudiera,
padre mio, lo que paso,
lágrimas de compasion
por fuerza os arrancaria:
de mi cuerpo la agonía
es una débil porcion
de aquel suplicio inhumano.
Quiero estar donde no estoy,
pero aunque lejos me voy,
huyo de mí mismo en vano.
Hijo rebelde me veo
en mi padre, y en mi hijo
me causo miedo y me aflijo.
Ningun corazon poseo
que me profese amistad.
El miedo retuerce el mio;
miro á todos con desvío,
desprecio la humanidad.
No encuentro un asilo en donde
librarme de mis tormentos
y de los remordimientos
que mi herido pecho esconde.
Detesto la luz del dia,
y mis noches son terribles;
tomando formas visibles

me engaña la sombra fria;
me habla el silencio; contrito
voy á rezar con fervor,
y me grita el Salvador:
¿Qué me quieres tú, maldito?
Cuando me duermo, en mi pecho
un gran demonio se sienta;
si le aparto, me amedrenta
un puñal, no satisfecho,
hasta sepultarse en mí
y desgarrarme el costado.
Me incorporo espeluznado,
quiero alejarme de allí,
y al punto nada mi lecho
en olas de sangre humana,
que baten con furia insana
en torno; baja del techo
un brazo helado, y obliga
á mi mano al punto mismo
á hundirse en aquel abismo;
y para mayor fatiga,
á la superficie siento
subir restos palpitantes,
y piltrafas repugnantes
de mis víctimas sin cuento.

S. FRAN. ¿Qué dices? ¡Oh suerte impía!

LUIS. ¿Os espantais? Con razon.
Pues estos mis sueños son;
tal es la vigilia mia;
tal mi vida; y al morir
tengo sed de vida; y quiero
vivir mucho cuando muero,
y á toda costa vivir.
Y en estado tan penoso,
mi más horrible pesar
es el temor de apurar
este cáliz ponzoñoso.

S. FARN. Ven, pues, para que ensayando
el perdon de las injurias,

desaparezcan las furias
que te están atormentando.
Este rasgo de clemencia
el sueño te volverá,
y alguno bendecirá
por lo menos tu existencia.
Ven, hijo.

LUIS. No corre prisa.

S FRAN. Y ¿querrá Dios esperarte?

LUIS. Mañana.

S. FARN. Puede asaltarte
hoy una muerte imprevisa.

LUIS. Estoy muy bien encerrado.

S. FRAN. ¿Qué importa?

LUIS. Bien defendido.

S. FRAN. El que de nadie es querido
¿está nunca bien guardado?
Vamos. (Queriendo llevársele.)

LUIS. Dejad que resuelva (Rechazándole.)
despacio tan gran medida.

S. FRAN. Adios, sangriento homicida,
no esperes que yo te absuelva.

LUIS. ¿Qué, me condenais? (Espantado.)

S FRAN. Dios puede
inflamar tu pecho frio;
aprovéchate, hijo mio,
del plazo que te concede.
Llora, suplica, porfía,
alcanza de su piedad
que te abrase en caridad
para que á la luz del dia
vuelvan esos desdichados,
que mientras á Dios clamabas
y su bondad implorabas,
con gritos desesperados
tu lastimero gemido
no dejaban que se oyera;
haz, pues, que callen, y espera
ser de Dios por fin oido.

ESCENA VII.

LUIS, mientras SAN FRANCISCO se aleja.

LUIS. ¡Padre, padre...! Me abandona.
Cedamos á su entereza;
pero no, fuera flaqueza
indigna de mi persona.
(San Francisco, que se habia detenido un instante, se retira al oir estas palabras.)
¡Ah! Con tal que mi gran miedo
algun tanto se modere...
Recemos, pues él lo quiere,
y gimamos si es que puedo.
(Se arrodilla en su reclinatorio, pone su sombrero delante de sí, y hace la siguiente oracion dirigiéndose á una de las imágenes de plomo que se ven colgadas allí.)
Vírgen santa del Manzano,
sabes que aunque soy afable,
me mantengo inexorable
á todo consejo sano.
Prueba, pues, á Dios que yo
para poderle servir
con nadie debo partir
el poder que me otorgó.
La justicia de los reyes
debe quedar satisfecha,
pues con intencion derecha
promulgan todas sus leyes.
Castigando á sangre fria
son dignos de tu piedad:
cúmplase tu voluntad,
Dios bueno, y tambien la mia.

ESCENA VIII.

DICHO y NEMUR; este entreabre las cortinas y permanece inmóvil con el puñal en la mano.

NEMUR. ¡Padre, os dejo terminar
vuestra plegaria!
(Se oye la música de los aldeanos.)
LUIS. ¿Quién grita?
(Levàntándose dèspues de persignarse. Se acerca á la ventana.)
Despues del baile, cantando
á sus chozas se retiran
todos, hasta los más pobres;
un blando sueño en seguida
les espera; y yo, infeliz,
batallando... ¡Dios me asista!
(Se vuelve y se halla enfrente de Nemur, que se arroja á él.)
¡Qué ven mis ojos!
NEMUR. ¡Silencio!
LUIS. Ya callo.
NEMUR. ¡Ni un grito; mira!
(Le enseña el puñal.)
LUIS. No gritaré.
NEMUR. ¿Tu persona
se encuentra bien defendida
por sus armas?
LUIS. Soy tu esclavo.
NEMUR. ¿El que aventura sus dias
es, pues, dueño de los tuyos?
LUIS. ¿Qué quieres?
NEMUR. ¿No lo imaginas?
LUIS. ¡Ah! Dilo tú.
NEMUR. Castigarte.
LUIS. Pero júzgame sin ira.
NEMUR. Yo no soy tu juez.
LUIS. ¿Pues quién

sino tú mi juez seria?
NEMUR. ¿Quién? Mi padre.
LUIS. Tú.
NEMUR. Mi padre.
LUIS. ¡Ah! Tú sólo me castigas,
tú me juzgas.
NEMUR. No, yo no;
mi padre.
LUIS. Me mataria.
NEMUR. Tú pronuncias tu sentencia.
LUIS. ¡Oh, Dios! No quieras cumplirla;
sé clemente.
NEMUR. Seré justo.
LUIS. Oye mi ruego.
NEMUR. ¿Te olvidas
del suyo y su última carta?
LUIS. No sé lo que contenia.
NEMUR. ¿De aquel lastimoso escrito,
que tal vez te causó risa,
y le devolviste?
LUIS. ¿Yo,
Nemur?
NEMUR. ¿Qué llevaba encima
del corazon al morir?
¡Ah! Mírale; en él se cifra
toda mi herencia. Que dé
contra tu dureza inícua
testimonio. Aquí le tienes,
impostor, vuelve la vista;
es preciso que le leas.
LUIS. ¡Piedad, piedad!
NEMUR. No prosigas;
sin remedio has de leerle,
bajo la punta homicida
de este puñal.
LUIS. Yo no puedo...
NEMUR. Pudo, bajo la cuchilla,
escribir mi infeliz padre.
Lee como él escribia.

8

LUIS. Es imposible; yo muero;
ese puñal me horroriza;
sí, me deslumbra, me ciega;
¡ah! Con él no me persigas.

NEMUR. Has de escuchar á lo menos
la carta.

LUIS. ¡Vírgen divina!

NEMUR. Escucha, y responderás
lo que de excusa te sirva.

«Mi muy temido y soberano señor: Tanto y tan humildemente como puedo hacerlo, me encomiendo á vuestra piedad y misericordia.»

¿Qué dices?

LUIS. Que fuí cruel;
pero en este mismo dia
quiero, Nemur, á tu padre,
á tí, á toda tu familia,
dar una satisfaccion
la más solemne y cumplida,
devolviéndote tus bienes
y dignidades antiguas.
Todo lo quiero expiar.
En mi corazon confia
y verás hasta qué punto
mis dádivas acreditan
mi arrepentimiento.

NEMUR. Escucha:

«Os serviré tan bien y lealmente, que conocereis que estoy verdaderamente arrepentido, y que á fuerza de buena conducta quiero enmendar mis faltas.»

¿Qué tal?

LUIS. Mi hijo necesita
un apoyo; no le prives
de su padre todavía.

NEMUR. Escucha:

«Concededme el perdon á mí y á mis pobres hijos. No consintais que por mis peca-

dos muera yo lleno de ignominia y confusion, y ellos vivan deshonrados y mendigando el pan. Por Dios, señor, tened duelo de mí y de mis pobres hijos.»
¿Qué te debieron
sus hijos? Responde aprisa.

LUIS. Nada, Nemur; pero ahora
mi honor y mi fé se obligan
á entregarte al vil Tristan,
causa de vuestras desdichas.

NEMUR. «Escrita en la jaula de la Bastilla el último dia de Enero...» (Leyendo.)
Y cuando de allí salió...

LUIS. No recuerdes mi injusticia.

NEMUR. ¿Lo puedo? Mira tú mismo.
(Enseñándole la carta con la punta del puñal.)

LUIS. ¿Dónde pues? (Fuera de sí.)

NEMUR. No tan arriba;
léelo esta vez siquiera.

LUIS. «Vuestro pobre Santiago Darmañac.»

NEMUR. Bien ves, el nombre, la firma
del amigo de tu infancia.
Y aquí... su sangre.

LUIS. ¿Suspiras?
¿Lloras, Nemur?

NEMUR. Mi rencor
te hará pagar la delicia
de verme llorar muy cara.

LUIS. ¿Conque en fin te determinas?...

NEMUR. Para que iguale el castigo
á tu barbarie inaudita,
¿qué pena bastante horrible
te impondrá la saña mia?

LUIS. ¡Perdon! (Echándose á sus piés.)

NEMUR. Hay una tan solo,
una.

LUIS. ¡Mi muerte!

NEMUR. ¡Tu vida!
¿Quién, yo libertarte de ella?

¡Ah! Detrás de esas cortinas
te ví sufrir demasiado
para impedirte que vivas.
Acaba, pues, de vivir,
ó mejor será que diga
de morir; más lentamente,
con las ánsias más prolijas,
para que tus artificios,
crueldades y tiranías,
te amontonen más tormentos,
y en cada aurora añadida
á las pasadas, disfrutes
nuevamente las primicias
de tu horrible eternidad.
Espérala cada dia,
y que justa y despiadada
venga, en fin, á la sordina
á cogerte más culpable.
¡Gran Dios! Yo ví sus fatigas,
yo escuché su confesion;
á sus súplicas las mias
junto, ¡oh Dios! Para vengarme
de su saña empedernida:
que logre su atroz deseo,
que le escuche tu justicia;
haz un milagro patente,
la vida, alarga su vida.
(Se lanza por la puerta del cuarto de Cotie.)

ESCENA IX.

LUIS y despues TRISTAN, ESCOCESES, CABALLEROS y demás acompañamiento del Rey.

LUIS, despues de algunos sonidos inarticulados, exclama:
Socorro, favor, Tristan...
¡Ay de mí! Que me asesinan:
traigan hachas. Acudid

todos. Matarme queria.
Ya levanta su puñal;
que se le quiten. Aprisa:
que le maten, que le maten;
huyó, pero se cobija
allí, cierto,

(Enseñando el cuarto de Cotie, adonde acude Tristan y los escoceses.)

un asesino,
otro; ¡cuántos! Mil venian.
Cercadme. No me cerqueis,
no. Todos me atemorizan.
¿No veis? ¿Quién es aquel bulto
que al Crucifijo se arrima?
¿Y aquella sombra? Buscadla:
en mi alcoba está escondida,
bajo mi lecho. No hay duda;
en voz baja repetian
mi nombre. ¿Y qué, para hallarlos
no bastan vuestras pesquisas?
Pues este cuarto está lleno
de ellos. Huyamos sus iras.
Plaza, plaza, hacedme plaza,
y no me perdais de vista.

(Se arroja fuera del cuarto, y todos corren precipitados y en desórden detrás de él.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Salon del palacio. Tres puertas en el fondo. A uno de los lados un catre, y junto á él una mesa.—Al correrse el telon los cortesanos hablan en voz baja, como quien espera un grande acontecimiento; unos pasean, otros sentados ó de pié forman corrillos; el mas numeroso rodea al Delfin que llora.

ESCENA PRIMERA.

EL DELFIN, EL CONDE DE LUDA, TRISTAN, EL DUQUE DE GRAON, CRAWFORD y CORTESANOS.

LUDA. ¡Cómplice Cotie! (Á Craon.)
CRAON. No hay duda.
LUDA. ¿Es posible?
CRAON. Y tan posible.
LUDA. Preboste, ¡qué intento horrible! (Á Tristan.)
TRIST. Horrible, conde de Luda.
Mas hoy los dos morirán,
con tal que así lo resuelva
el amo cuando en sí vuelva.
Asegurados están
mientras con grillos y esposas.
LUDA. Pero el Rey se está muriendo,
segun dicen.
TRIST. Yo no entiendo
por qué dicen esas cosas.
CRAON. El Rey va perfectamente.
¿Quién lo contrario imagina?
LUDA. No me da muy buena espina
que venga aquí tanta gente.
Llamados están los pares,

y tambien el parlamento:
esto indica monumento
y responsos á millares.
Muy cerca la muerte andaba,
y es fácil en esta pieza
ver el reinado que empieza
frente á frente del que acaba.

UN CR. DE PAL. Señores, el Rey ahora
recibe la Extrema Uncion.
(Todos se levantan, y el Delfin se arrodilla.)

DELFIN. ¡Padre! ¡Padre! ¡Qué afliccion!
Quizá dentro de una hora
te habré perdido.

UN CORT. ¿No veis
(De manera que lo oiga el Delfin.)
qué buen hijo?
(Silencio durante algunos momentos.)

ESCENA II.

DICHOS y COMINES.

COMIN. Pronto, un paje
(Con dos pliegos en la mano.)
El Rey quiere que el mensaje
(Á uno de los que se presentan.)
que os doy, al Duque llëveis
de Orleans en este dia.
Y vos al Conde su yerno (Á otro.)
este aviso del gobierno.

LUDA. Cuanto tengo apostaria (Á Craon.)
á que los dos postillones
alborotarán el mundo.
Ni valdrán del moribundo
monarca las intenciones.

CRAON. La Condesa por su parte
usará de diligencia.

LUDA. ¿Y cederá la regencia.
el Duque? Si quiere Marte.

UN CORT. ¿Pero á quién habeis pensado
socorrer en esta empresa?
LUDA. Yo al Duque.
CRAON. Yo á la Condesa.
COMIN. ¿Y quién socorre al Estado?
(Oyéndolos y reflexionando.)
OTRO CORT. Hablad bajo, porque está
el Delfin muy afligido.
CRAWF. Mucho crece su partido;
(Paseándose con Tristan.)
amigo, el Rey se nos va.
TRIST. Como Dios sanarle quiera
todo lo sabrá por mí.
LUDA. No lloreis, señor, así; (Acercándose al Delfin.)
os habla la Francia entera
por mi boca.
COMIN. Si os dignais
olvidar el proceder
de Nemur.
DELFIN. ¿Qué puedo hacer?
COMIN. Basta que me permitais
decir á cierta persona
una palabra, tomando
vuestro nombre.
DELFIN. Yo os lo mando,
pues la virtud os abona.
COMIN. El Delfin por los dos reos, (A Tristan.)
gran Preboste, se interesa.
No teneis que daros priesa.
TRIST. De su alteza los deseos
son órdenes para mí.
CRAON. Aquí viene el Cardenal.

ESCENA III.

DICHOS y EL CARDENAL DE ALBI que sale del cuarto del Rey.

DELFIN. ¿Y mi padre?
ALBI. Señor, mal.

DELFIN. ¿Pues cómo?
ALBI. No ha vuelto en sí,
y ni siquiera se mueve.
Mas con anticipacion
le dimos la absolucion.
Esto consolaros debe
en infortunio tan grave,
pues que su cristiano celo
y su caridad, del cielo
llevan consigo la llave.
¿Quién tuvo intencion más sana?
¿Quién más dadivoso fué?
Que Dios á todos nos dé
una muerte tan cristiana.
LUDA. Será fuerza resignaros (Al Delfin)
al disgusto de enterrarle.
ALBI. Al tormento de heredarle.
CRAON. Al dolor de coronaros.
DELFIN. ¿Y morirá sin echarme
siquiera la bendicion?
COMIN. ¡Sois digno de compasion!
DELFIN. ¡Sin verme, sin abrazarme!
LUDA. Es una gran crueldad,
mas nada tiene de extraño!
siempre fué con vos uraño.
DELFIN. Aunque eso fuese verdad,
yo, señores le venero.
ALBI. Vos le podeis defender;
mas debemos conocer
nosotros que fué severo.
COMIN. Mil veces aventurando
mi dignidad y privanza,
se lo he dicho en confianza.
ALBI. No quiere soltar el mando (A Craon.)
el árbitro de Argenton;
el Delfin le aprecia, y él
hace muy bien su papel.
CRAON. Sabe mudar de patron.

ESCENA IV.

DICHOS y OLIVEROS.

OLIVER. En fin, nos le vuelve el cielo.
¡Ya su magestad respira!
DELFIN. ¡Padre amado! ¡No es mentira!
OLIVER. Gracias á nuestro desvelo,
no habrá luto riguroso.
DELFIN. ¡Oh felicidad!
LUDA. ¡Oh encanto!
ALBI. ¡El cielo oyó nuestro llanto!
CRAON. ¡Sois un hombre delicioso! (A Oliveros.)
OLIVER. Sí, amigos, no hay que temblar;
ya recobró su sentido;
de mi brazo y cuello asido
se acaba de levantar,
y ha dado con gran valor
dos ó tres pasos. Ahora
el fastidio le devora,
y para adquirir vigor
quiere mudar de aposento,
y venirse por su pié
al lecho que allí se ve.
Mas ordena que al momento
se vayan todos de aquí.
DELFIN. ¿Todos? ¡Oh terrible afan!
OLIVER. A Comines y á Tristan
manda quedar.
DELFIN. ¡Ay de mí!
¿Y á nadie más?
OLIVER. No señor.
DELFIN. ¡No quiere ver á su hijo!
OLIVER. A los dos tan solo dijo;
mas yo seré mediador
para que tengais en breve
la dicha de saludarle.
DELFIN. Mucho, si puedo abrazarle,

os deberé.
COMIN. Mucho os debe
mi gratitud.
TRISTAN. Y la mia.
ALBI. Y la de toda la Francia,
pues en esta circunstancia
es general la alegría.
UN CR. DE PAL. Ya ha llegado el parlamento.
DELFIN. A recibirle salgamos.
ALBI. Señor, á Dios bendigamos.
DELFIN. Nunca estuve más contento.
LUDA. Un Rey en morir tan duro (A Craon.)
nos expone á mil trabajos;
con estos altos y bajos
ningun hombre está seguro.

ESCENA V.

COMINES, OLIVEROS y TRISTAN.

OLIVER. Ya estamos solos.
COMIN. ¿Y qué?
TRISTAN. ¿Vivirá?
OLIVER. Delante de ellos
me pareció que debia
decirlo.
TRISTAN. ¿Pero no es cierto?
OLIVER. Es dudoso; si le vuelve
el síncope no hay remedio,
no es posible que resista
su debilitado cuerpo
otra congoja. Pregunta
por Cotie.
TRISTAN. No lo debemos
extrañar. Por eso yo
antes de llevarle preso
dejé que me repitiese
tercera vez el precepto.
COMIN. ¿Y qué dice de Nemur?

OLIVER. No se acuerda.
COMIN. Quiera el cielo
que la muerte le prohiba
cometer algun exceso.
OLIVER. Mas quiere ver á Cotie.
COMIN. ¿Y cómo os habeis compuesto?
OLIVER. Fingí que no le entendia
para salir del aprieto.
Su cabeza no está firme,
y muda de pensamiento
cien veces; dice una cosa,
y poco despues lo opuesto:
pregunta, y casi no atiende;
recuerda, y olvida luego:
para acreditar que reina
quiere asistir al consejo,
y á fuerza de ostentacion
procura ocultar su riesgo.
La corona y los armiños
del manto con grave peso
cargan su trémula frente
y sus encorvados miembros.
Pálido, la vista muerta,
y en los dobleces envuelto
de su mortaja real,
se arrastra con paso incierto
aparentando andar solo:
¡mas ay! Á pocos esfuerzos
se deja vencer, y cae
sin calor y sin aliento.
Y sin embargo al cerrar
los ojos dice gimiendo:
«De veinte años á esta parte
nunca me encontré tan bueno.»
TRIST. Será preciso pensar
en nosotros, caballeros.
OLIVER. Hagamos causa comun.
COMIN. Hacedla. Yo compadezco
vuerta suerte, pues no dudo

que os juzgue el nuevo gobierno
con grande severidad.

OLIVER. Os ha dicho el Evangelio. (*A Tristan.*)

TRIST. Pienso que habló con los dos.

OLIVER. Fué demasiado ligero
vuestro brazo; dareis cuenta
de muchos padecimientos,
de mucha sangre vertida.

TRIST. Algunos contribuyeron
á tan sanginarias obras.

OLIVER. ¿Pues cómo puede ser eso?
Yo en la ejecucion no tuve
parte.

TRIST. Ni yo en el consejo.

OLIVER. A mí todas mis acciones
legales me parecieron.

TRIST. ¡Legales!

OLIVER. Como las vuestras
unos delitos horrendos.

TRIST. ¡Delitos...!

COMIN. ¡Por Dios!

TRIST. ¡Un vil
adulador!

COMIN. No tan recio.

OLIVER. ¡Un verdugo!

COMIN. ¡Qué imprudencia!
Guardad para mejor tiempo
ese altercado.

TRIST. Ninguno
es digno de vituperio
sino el Rey.

COMIN. ¡Tristan!

OLIVER. No hay duda;
yo lo confirmo.

COMIN. ¡Oliveros!

TRIST. Él fué la causa de todo.

OLIVER. Mucho.

TRIST. Fuéramos muy necios
en ocultarlo.

COMIN. Siquiera
esperad á verle muerto,
y se lo echareis en cara:
miradle, no estaba lejos.
TRIST. Ya no es más que un espantajo.
OLIVER. Que nos le devuelva el cielo,
y salve de esta manera
al mas compungido reino.

ESCENA VI.

DICHOS y LUIS, apoyándose en algunos criados, llega lentamente, y de pronto se para.

LUIS. Esos hombres ¿quiénes son?
OLIVER. Nosotros, vuestro Oliveros...
LUIS. ¿Eres tú, amigo?
OLIVER. Comines
y Tristan.
LUIS. Ya, ya los veo;
sí, los distingo muy bien:
¿te parece que estoy ciego?
Caballeros, buenos dias.
(Se apoya en el respaldo de un sillon.)
¡Voto va! Dejadme suelto. (A los criados.)
¿Me haca falta vuestro apoyo?
(Les hace señal de retirarse.)
OLIVER. Descansad.
LUIS. ¡Otro embeleco! (Sentándose.)
¿Estoy débil por ventura?
OLIVER. ¿Quien, vos? El extremo opuesto.
LUIS. Lo que ejecuté una vez,
podré repetir si quiero.
OLIVER. Ya se ve que sí, señor,
y mucho más.
LUIS. Yo lo creo.
OLIVER. Sin embargo, nunca abusa
de su fuerza el hombre cuerdo.
LUIS. Yo no abuso. ¿Por qué está

(Volviendo la vista á Tristan.)
esotro sin movimiento,
mirándome de hito en hito,
y tan opaco de gesto?
¿Me encuentra desfigurado?
¿Os lo ha dicho?

TRIST. No por cierto.
Me pareceis grandemente.

LUIS. Y si no te lo parezco;
te engañas mucho, compadre.
En este cuarto me encuentro
(Se va quedando dormido.)
más á mi gusto: es más ancho;
respiro.

OLIVER. Se está durmiendo.

COMIN. ¿Os acordais qne los tres
juramos en otro tiempo
advertirle al acercarse
el fin de su vida?

TRIST. Y eso,
¿para qué puede servir?

COMIN. En los últimos momentos,
más débil su voluntad,
puede ejercer un imperio
tal vez útil.

OLIVER. Sí, dejando
alguna prueba de afecto
á un amigo.

TRIST. Si es así,
desengañémosle presto.

LUIS. Vela sobre mí, Tristan. (Siempre adormecido.)

TRIST. Señor, no tengais recelo.

OLIVER. ¿Y quién se lo ha de decir?

TRIST. Uno que parezca diestro;
algun hombre de su gusto,
que tenga bastante ingenio
para amortiguar el golpe
que recibirá el enfermo:
vos, verbi gracia.

OLIVER. Por mí
estoy pronto.
COMIN. Pues hacedlo.
OLIVER. ¡Pero si le quiero tanto!
Vereis cómo me enternezco,
y lo echo todo á perder.
Le pudiera se funesto
mi amor. Lo que aquí se quiere
es un hombre firme, entero;
y cuanto más reflexiono,
no hay duda, más me convenzo
de que semejante encargo
os toca á vos de derecho,
Comines.
COMIN. Enhorabuena;
si os parece que yo debo...
¿Mas para qué prolongar
de ese modo su tormento?
conviene más por él mismo
ir en enderechura al hecho,
y cualquiera... vos, Tristan,
decírselo sin rodeos.
OLIVER. Y el Señor os ilumine.
TRIST. Convengamos, caballeros.
en que la cosa es difícil
de decir.
OLIVER. Yo no lo niego.
LUIS. ¿Para qué bajais la voz?
OLIVER. Estábamos un momento
de vuestra salud hablando.
LUIS. Señores, os lo agradezco.
Tambien Cotie deberia
de mi restablecimiento
alegrarse con vosotros.
Hace tiempo que le espero,
y no viene. ¿Dónde está?
Tristan, llámale corriendo.
TRIST. Pero bien sabeis...
LUIS. Bien sé

que te he dicho lo que quiero,
TRIST. Pues entonces...
LUIS. Obedece. (Váse Tristan.)

ESCENA VII.

DICHOS, menos TRISTAN.

LUIS. Hoy me hará mucho provecho
el ejercicio á caballo.
Esta mañana me siento
con fuerzas para probar
el potro color de fuego,
que Ricardo me envió
desde Inglaterra. Oliveros,
dile á mi caballerizo
mayor que le ensillen presto.
OLIVER. ¿Y quereis...?
LUIS. Seguir la huella
de un venado. Dí muy recio
que al instante va á salir.
el Rey á caza.
OLIVER. Primero
fuera, señor, conveniente...
LUIS. Despacha.
OLIVER. Tomar consejo
de Cotie.
LUIS. ¿Qué, no te fuiste?
COMIN. Vuelve á querer con empeño.

ESCENA VIII.

LUIS y COMINES.

LUIS. ¿De qué me sirve este fausto?
(Apartando de sí el manto que trae puesto)
¿Quién sin mi consentimiento
hizo para incomodarme
tan importunos esfuerzos?

Esta corona me estorba.
(Quitándosela y dándosela á Comines.)
Ponla al lado de su dueño;
más cerca, más todavía;
que mis ojos la estén viendo,
que pueda poner la mano
encima de ella.

COMIN. No creo
que se atreverá ninguno
á tocarla.

LUIS. No por cierto.
Quien te toque morirá.
(Señalándo á la corona.)
Ya lo saben todos ellos.

ESCENA IX.

DICHOS, COTIE y TRISTAN.

COTIE. Yo se lo diré, yo mismo.

LUIS. ¿Es Cotie? ¡Cuánto me alegro!
Amigo Cotie, ¿de dónde
vienes?

COTIE. ¿Que de dónde vengo?
Vive Dios que es necesario
ser virtuoso en extremo
para responder con flema
á un escarnio tan sangriento.
¡De dónde vengo, decís!

LUIS. No hay duda: quiero saberlo,

COTIE. ¿Pues estas manos heridas
por un comitre grosero,
y en las cuales se conserva
viva la señal del hierro,
no dicen de dónde salgo?

LUIS. Yo no acabo de entenderlo.
¿Vienes tal vez...?

COTIE. De la cárcel.

LUIS. ¡Tú!

COTIE. ¿No lo sabeis?
LUIS. ¡Tú preso!
¿Quién mandó que te arrestaran?
COTIE. Vos.
LUIS. Es falso; yo sostengo...
COTIE. Vos fuísteis, en mi presencia;
vos mismo, ¡viven los cielos!
LUIS. ¿Cuándo? ¿Por qué?
COTIE. ¡Suponerme
á medias en un proyecto
semejante! Si tan baja
traicion cupiese en mi pecho,
¿quién me impidió asesinaros?
¿Qué brazo se hubiera puesto
entre los dos? ¿No podia
sin armas haberos muerto
sin dejar rastro ninguno?
¡Mas buscar un compañero,
un cómplice que lo hiciera!
¡Introducirle en secreto
detrás de vuestras cortinas...!
LUIS. Espera... ¡Qué horrible sueño!
Anoche... En mi alcoba... Un hombre...
COTIE. Un desgraciado.
COMIN. Silencio.
(En voz baja al Médico.)
COTIE. Que no consumó el delito;
y estando con el acero
levantado, perdonó
á su víctima, al objeto
de su furor...
LUIS. ¡Un puñal!
¡Nemur! ¡Ah! Sí, ya me acuerdo.
No hay perdon para Nemur.
COMIN. Imprudente, ¡qué habeis hecho!
(A Cotie en voz baja.)
COTIE. ¿Yo?
COMIN. Del todo se le habia
olvidado.

COTIE. ¡Santos cielos!

LUIS. Seguramente procedes
como amigo verdadero,
recordándome el delito
y al vil regicida. ¿Ha muerto? (A Tristan.)

TRISTAN. No señor.

LUIS. ¡Cómo!

TRISTAN. Esperaba...

LUIS. ¡Traidor, aun vive!

TRISTAN. No tengo
yo la culpa.

LUIS. ¡No la tienes!

TRISTAN. Señor, bien podeis creerlo:
el Delfin, manifestando
compadecerse del reo,
me pidió que suspendiese...

LUIS. ¡Malvado! ¿Qué estás diciendo?
¡Tú suspender un castigo
que me venga! ¡Tú un decreto
de tu Rey! ¡Extraño modo
de disculpar vuestros yerros
¿Pero qué es lo que ha pasado
en este alcázar? Sospecho
haber entendido mal.
¿Piensan que bajó mi cuerpo
al panteon de Clerí?
¿Y mi hijo, acaso debo
por su desgracia temerle?
¡Ah! Si demasiado presto
quiso reinar, es dudoso
que reine. Vengarme ofrezco...

COTIE. Basta ya, señor, dejaos
de amenazas y proyectos
de venganza. En Dios ahora
es preciso que pensemos.
Sí, debeis volver á Dios
todos vuestros sentimientos,
porque llegó vuesta hora.

LUIS. ¡Eh! ¿Qué dices? (Volviendo á caer en el lecho.)

COTIE. Os protesto
que es este el último dia
que os ha concedido el cielo,
y ninguno más os queda.
LUIS. Y tambien para mi preso,
fuere de mí lo que fuere,
este dia es el postrero.
Mas no digíste verdad;
yo tan malo no me encuentro.
COTIE. Por el sol que nos alumbra
os juro, señor, que es cierto
mi aviso. Considerad
lo que haceis, en el supuesto
de que vais á responder
hoy mismo de vuestros hechos.
LUIS. No importa nada. Que muera, (A Tristan.)
ó lo pagará tu cuello.
Vé.
COMIN. ¡Tristan...! (A Tristan en voz baja.)
TRIST. Amigo mio,
ya veis que yo soy primero. (Váse.)

ESCENA X.

DICHOS, menos TRISTAN.

LUIS. ¿Morir hoy? ¡Es imposible!
Nada siento que me espante;
está léjos el instante,
el instante más terrible:
confiésalo.
COTIE. ¿Cómo puedo,
si os he dicho la verdad?
LUIS. ¡Yo estoy á la extremidad!
¡Oh consternacion! ¡Oh miedo!
Mi sangre se hiela y cuaja,
y deja en el pecho mio
un espantoso vacío.
Preparadme la mortaja;

id á llamar al Delfin.

COMIN. Yo voy.

LUIS. No tan pronto, espera;
si me ve de esta manera
se abalanzará al botin. (Señalando la corona.)
¡Que me ahogo! ¡Ay de mí! Yo
voy á perder el sentido.
Es solamente un vahido;
pero no la muerte, no.
Mi buen Cotie, yo te imploro,
tu amistad no me desaire;
que me den aire; por aire
trueco todo mi tesoro.
¡Yo te lo doy para tí,
pero sálvame, por Dios!
¡Qué angustia! ¡Qué horrible tos!
(Tose débilmente.)
¿No será la muerte?
(Se deja caer en el lecho sin movimiento.)

COTIE. Sí.

COMIN. Socorredle con presteza, (A Cotie.)
y procurad si es posible
retardar su fin terrible,
Voy á buscar á su alteza.

ESCENA XI.

LUIS y COTIE.

COTIE. Pór fin ya libre quedé.
(Despues de haberle considerado un rato sin hablar palabra.)
Sus labios, sus turbios ojos
(Pasa la mano por el rostro del Rey, y le levanta los párpados.)
son de la muerte despojos.
En su semblante se ve
pintada la destruccion.
Es un mármol: ya no existe.
(Cogiéndole un brazo, que cae luego que le sueltan.)

Y Nemur... ¡Ay de mí triste!
(Poniéndole la mano en el corazon.)
Palpita su corazon;
y vivo salir pudiera
de aquesta lucha reciente.
Cierto, si yo nuevamente
le animara. Bien lo hiciera;
mas si añado á sus contadas
horas una de tormento,
¿la suma horrible no aumento
de sus maldades pasadas?
¿No apresuraba el castigo
de Nemur hace un instante?
No cuentes en adelante,
naturaleza, conmigo.
Yo te cedo el importuno
cuidado de su agonía:
este rey por culpa mia
ya no matará á ninguno.
Tú puedes, si tan malvada
empresa te da contento,
disputar por un momento
sus despojos á la nada;
pero que yo contribuya
á tal obra, no lo esperes:
defiéndele tú, si quieres,
siendo la vergüenza tuya.
Estoy ya muy harto de él,
y aunque su reino me diera,
cómplice suyo no fuera
en este antojo cruel.

ESCENA XII.

LUIS, EL DELFIN, COTIE, COMINES, OLIVEROS y varios CORTESANOS.

DELFIN. ¿Qué? ¿Mi padre me llama? ¿Darme quiere
sus brazos? ¡Ay de mí! ¿Será ya tarde?

¿No respondeis? Vuestro silencio prueba
mi desventura. Ya murió. Dejadme.
Durante un breve rato, sin testigos
á mi justo dolor quiero entregarme.

COMIN. Señor...

DELFIN. Dejadme todos: yo lo mando.

ESCENA XIII.

LUIS y EL DELFIN; este de rodillas junto al lecho.

DELFIN. ¡Oh mi padre! ¡Oh mi Rey! Vedme delante
de vos arrodillado. Si en el cielo
ois nuestros suspiros, nuestros ayes,
acoged los que arranca vuestra muerte
al corazon del hijo más amante.
De vos desconocido, respetando
vuestro rigor, jamás para culparle
recordó sus efectos. Mas bien quiso
de ignorados errores acusarse,
que censurar vuestra prudencia augusta;
y sin embargo nada fué bastante
para ablandaros: esta mano fria
que riego con mis lágrimas, y en balde
procuro caldear, es pues la muerte,
y no el afecto natural de padre,
quien me deja solícito besarla!
Y para que este brazo no rechace
á vuestro hijo, ha sido necesario
que se hiele y no corra en él la sangre.
(Se levanta.)
¡Yo contemplar ansioso la corona,
afrenta de ese lívido semblante! (Toma la corona.)
Como un fatal presente la recibo
de vos. ¡Ojalá pueda sin doblarme
sufrir su grave peso, y algun dia
ser digno de ceñirme sus diamantes!
¿Mas quién sin mi licencia se introduce...?

ESCENA XIV.

DICHOS y MARÍA, que se arroja á los piés del Delfin, y le presenta el anillo que este le dió.

MARÍA. Piedad, señor; Tristan quiere matarle.
¡Ah! Revocad una sentencia injusta:
señor, piedad: vuestro poder es grande.
¿Conoceis esta dádiva? Que sea
para Nemur la prenda que le salve.
Nemur va á perecer, y su existencia
es la mia. Clemencia: perdonadle,
perdonadle, señor; el Delfin mismo
lo prometió, y el Rey debe acordarse.

DELFIN. Serénate, María; el Rey se acuerda,
y perdona magnánimo á tu amante.
(Poniéndose la corona.)
(Hácia el fin de la escena anterior, y durante la actual, Luis, que ha ido volviendo en sí por grados, hace algunos movimientos, alarga el brazo para buscar la corona; despues se incorpora y echa una ojeada alrededor de sí. Apoyándose en la mesa se arrastra hasta donde está el Delfin, y le pone la mano en el hombro. Éste da un grito y cae de rodillas en el suelo al lado de María.)

LUIS. No, no me la volvais. Llegó mi hora.
(Al Delfin, que quiere volverle la corona.)
Acepto este dolor que me guardaste,
¡gran Dios! Y te le ofrezco humildemente.
Ya mi hijo de mí vengó á mi padre.

ESCENA XV.

DICHOS, SAN FRANCISCO DE PAULA, COMINES, OLIVEROS, EL CARDENAL DE ALBI, EL DUQUE DE CRAON, EL CONDE DE LUDA, EL CLERO, LA CORTE y EL PARLAMENTO.

LUIS. Llegad. Para él el reino de las lises,
y para mí el del cielo, si lograrle

pudiere. Vos, oid lo que os enseña (Al Delfin.)
mi voz, que para siempre va á apagarse.
Haced lo que escribí, no lo que hice.
Engrandecerme quise y ensalzarme,
y lo logré; pero pagó la Francia
harto cara esta gloria exhorbitante.
Os la dejo tranquila y prepotente;
hacedla voz feliz. Nunca se aparte
vuestro interés del suyo. Honrad á Roma,
y nada le cedais. Por fuerte y grande
que os encontreis, amad al que os resista,
y crédito no deis al que os alabe.
Si es fuerza castigar, la ley castigue;
si el perdon es posible, que el Rey hable.

MARÍA. ¡Que hable para Nemur!
(En tono desesperado.)

S. FRAN. Dios os contempla,
señor, en ocasion tan importante;
dad por fin el precepto y el ejemplo.

DELFIN. Tened misericordia, amado padre.

LUIS. ¿Y en el dia del juicio podré hallarla?
(A san Francisco.)

S. FRAN. Á Dios respondereis de cada instante
que pasa. Apresuraos.

LUIS. Yo perdono.

MARÍA. ¡Perdon! ¡Perdon!
(Parte como un rayo diciendo estas palabras; pero al salir de la escena se le presenta Tristan, y ella retrocede aterrada exclamando:)
¡Ay infeliz!

TRIST. Ya es tarde;
ha dado el alma á Dios.

MARÍA. ¡Nemur!
(Cae privada de sentido.)

LUIS. ¡Que nunca
este verdugo espere! Castigadle;
y tambien á ese vil, cuyas lisonjas
(Señalando á Oliveros.)
me hicieron cometer muchas maldades.

Á su juez en la tierra los entrego,
para que el mio quiera apaciguarse
(Juntando las manos.)
y ser conmigo menos riguroso.
La absolucion á toda prisa echadme:
(Á san Francisco de Paula, arrodillándose.)
Dios me espera, rogarle por mi alma
inmortal, padre mio; que se salve
de las llamas. De todo me arrepiento;
de corazon humilde, en este trance
me repugna el poder y la grandeza;
ved cómo la desprecio; aunque tornarse
á la vida... jamás... ¿Qué es la corona?
(Poniéndose de pié.)
¡Un humo, vanidad de vanidades!
la nada... sí... rezad... yo quiero... mando...
(Titubea, y cae muerto al pié de la cama.)

COTIE. Comines, esto es hecho; ya es cadáver.
(Poniendo una rodilla en tierra, y aplicando la mano al corazon del Rey.)

DELFIN. ¡Padre!
(Comines, separándose del sillon en donde atendia al cuidado de su hija, se inclina y dice al Delfin.)

COMIN. ¡Señor, no existe ya!

UN HER. «El Rey ha muerto, el Rey ha muerto.»
(En tono y voz solemnes.)
(Toda la corte corriendo hácia donde está el Delfin.)
«¡Viva el Rey!»

S. FRAN. Hijo mio.
meditad sus consejos saludables;
considerad su fin, y reinad sólo
para felicidad de los mortales.

FIN.

/.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
ı.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
n capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
rmo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
ultramarinos.

adie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Her-
castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—
—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—
-Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Ho-
provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre pro-
ernan Gil.

nes.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta
ı y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de
murió Napoleon.

ıdraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
ı de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
nta Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
rnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
ıda.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bru-
s onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos pri-
-Luis y Luisito.

lacías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Mar-
los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
arina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
legar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
ıoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
linarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
s de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
drid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
ıades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
terata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
arde que nunca.—Matrimonio civil.

sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por
No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
ego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.

oble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.

ino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
a novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador
a.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—
nza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo
parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
ına.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
lo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
ta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
licarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Prue-
yugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquis-
la.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.

tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
e años despues.—Quien á cuchillo mata.

a carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
ınge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
era ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
berto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
s.

el.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo
dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—S
.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—So
e un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Soltera.—

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños
Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey do Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Tom Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Ju za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor o la muerte.— vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caball ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar c celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—V apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—V Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de cam de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secr do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aven los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de t y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo. no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.— como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una pe go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error fren no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gall sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Fígaro: cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo. 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tom
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 2
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pas tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.º, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 ídem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta Carretas.
Y en Provincias en las principales.